

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Picaresque Novel, Tale of Lies and Trickster Story: Homodiégesis and Autoficción, Between Writing and Orality

José Manuel Pedrosa
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Para Rei Kufukihara

Resumen: El siguiente trabajo contiene un análisis de la función del narrador homodiegético y de autoficción (narrador en primera persona que termina por integrarse a la trama como personaje) a partir de un cuidadoso muestrario histórico de cuentos orales: cuentos *de mentiras*, cuentos cómico-satíricos y cuentos maravillosos o novelescos. El texto también propone que los orígenes de la novela picaresca deben ser estudiados en el *ars narrandi* popular.

Palabras clave: cuentos orales, novela picaresca, narrador homodiegético, autoficción.

Abstract: The following work contains an analysis of the role of the homodiegetic narrator and self-fiction (narrator in the first person who ends up integrating the plot as a character) from a careful historical sample of oral tales: tales of lies, comic-satirical stories and wonderful stories or novels. The text also proposes that the origins of the picaresque novel should be studied in the popular *ars narrandi*.

Key words: oral tales, picaresque novel, homodiegetic narrator, autofiction.

Homodiégesis, oralidad y escritura

El modo en el que se relacionan el autor, el narrador y el personaje (con sus voces narrativas en primera o tercera persona, o su destinatario en segunda persona, cuando lo hay) es clave en la arquitectura de todo discurso literario, y pauta esencial que lo adscribe a tal o cual género. Muy a lo grueso (porque cada discurso concreto está abierto a matices, grados y mezclas variables y complejos), podría decirse que la literatura en primera persona se asocia a repertorios o géneros que van desde la poesía del yo lírico hasta la autobiografía real o supuesta; que la segunda persona se relaciona con la poesía dirigida al tú (la poesía de amor

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

o de imprecación, por ejemplo) o con la epistolografía, entre otros repertorios; y que la tercera persona, acaso la más comúnmente utilizada, impregna repertorios de tipos muy diversos, entre ellos una parte muy sustancial de los géneros de la épica y la novela.

Chevalier, Julio Camarena. Por desgracia, los caminos que desbrozaron no han sido después transitados por el común de la crítica, aunque siguen siempre ahí, abiertos e incitadores.

Si la filología hispánica académica estuviese más familiarizada con el universo de la narrativa oral, sobraría decir ahora que el uso del yo homodiegético en los relatos folclóricos se manifiesta en una variedad y riqueza de repertorios y de soluciones deslumbrantes, abrumadoras. El caso, la anécdota, la leyenda, la historia de vida, la historia oral, la información etnográfica, están entre los repertorios que se registran muy comúnmente en el dominio cultural hispano (español e hispanoamericano), en el que la primera persona es capaz de sustanciarse de maneras muy diversas y de mantener relaciones sumamente complejas con sus marcos ficcionales. Unas relaciones marcadas por una inventiva y un pragmatismo poéticos que a los estudiosos de la literatura escrita les dejarían, si se interesasen por conocerlas, francamente sorprendidos, descolocados.

Fuera de nuestras fronteras culturales y lingüísticas, han sido registrados y estudiados otros repertorios de relatos tradicionales en primera persona que añaden variedad y complejidad a la cuestión: el de los relatos personales de curanderos tradicionales, el de los relatos de sueños (registrados, por ejemplo, en algunas tradiciones de África y Oceanía), el de los relatos de viajes chamánicos (propios de algunos pueblos asiáticos, entre otros)... En paralelo, han visto la luz en otros países estudios críticos que aportan miradas, sensibilidades, instrumentos que en nuestros predios académicos son prácticamente desconocidos, en relación con dos cuestiones que se hallan estrechamente ligadas entre sí: el lazo entre la vida personal y social del narrador y los relatos que forman su repertorio; y el modo en que el narrador desarrolla su acto de narración (su recital o *performance*) personal frente a quienes lo escuchan. Hace ya bastantes años, la gran especialista en literatura oral húngara, Linda Dégh publicó un par de libros enormemente renovadores, convertidos hoy en clásicos, acerca de la imbricación de vida personal, contexto social, repertorio narrativo y modo de recordar y de narrar. El primero de tales libros, cuya versión está en inglés, *Folktales and Society* (1969), ha ejercido enorme influencia: nos acercaba a la vida, la personalidad y el increíble

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

repertorio de cuentos de Zsuzsanna Palkó, a la que la investigadora trató y “estudió” durante décadas. El segundo de los títulos, *Narratives in Society* (1995), desgranaba capítulos con títulos tan sugerentes como los de “Las prácticas creativas de los narradores de relatos”, “La biología de la narración de relatos”, “La naturaleza de la narración de relatos en boca de mujeres”, “La manipulación de la experiencia personal”, “El que cuenta leyendas”, “El mundo de los narradores de cuentos europeos”, “La simbiosis del cuento y de la leyenda: un caso de folclore conversacional”, etcétera. Cuánto podríamos aprender, en el reducto académico hispano, de investigaciones de esta especie que combinan la consideración del texto con la perspectiva de la historia oral, la etnografía y la sociología. Y qué conclusiones tan sugestivas se derivarían de su aplicación al estudio de nuestro ingente patrimonio literario escrito, pero influido por la tradición oral (en cuya nómina entrarían Juan Ruiz, Cervantes o Vargas Llosa, entre muchos más) que tanto debe a factores como los de “Las prácticas creativas de los narradores de relatos” o “La manipulación de la experiencia personal”.

En fin, sin necesidad de mirar hacia horizontes tan exóticos (para nosotros), es obligado decir que hay en España investigadores como Luis Díaz Viana, José Manuel de Prada-Samper, Marina Sanfilippo, Jesús Suárez López o Anselmo Sánchez Ferra que se han interesado, en trabajos muy importantes, por las relaciones entre la vida, la voz y el repertorio de los narradores de cuentos orales; y que algunas investigaciones muy recientes acerca de leyendas orales articuladas por un yo homodiegético que se están haciendo en español y en México están arrojando conclusiones muy sugerentes, pese a que se internan por sendas en las que es preciso todavía insistir y profundizar.

En cualquier caso, la incidencia del narrador en primera persona (es decir, del narrador que se introduce en la trama como protagonista pretendidamente autobiográfico) en el terreno concreto del cuento tradicional hispano no ha sido abordada, que yo sepa, en ningún estudio específico. Posiblemente porque la inmensa mayoría de los cuentos folclóricos están narrados en tercera persona, es decir, confiados a una voz heterodiegética, y solo una proporción muy pequeña se escapa de tal regla. Entre los repertorios que más favorable acogida dan a la primera persona están

-el de los cuentos llamados *de mentiras*, que se hallan próximos, a veces, a la poética de los casos y anécdotas presuntamente personales;

-el de una modalidad de cuentos cómico-satíricos, bastante infrecuentes, que narran

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

secuencias de aventuras disparatadas, enhebradas por un yo que suele declararse tonto, loco o ingenuo, y en proceso de traumática iniciación personal;

-y el de una modalidad de cuentos maravillosos o novelescos, bastante infrecuentes también, que narran secuencias de aventuras enhebradas por un yo (en proceso también de iniciación personal) notable por sus potencias mágico-heroicas, o por su inteligencia o ingenio.

Estos tres repertorios, de los que transcribiremos enseguida algunos ejemplos iluminadores, muestran, por un lado o por otro, rasgos análogos o reminiscentes de algunos que han sido tenidos como característicos de las narraciones picarescas: se asemejan a estas, por ejemplo, en lo inestable y conflictivo de su estatus poético, a medio camino entre ficción hiperbólica y simulación de la realidad; en lo lineal de su estructura, apegada por lo general al hilo argumental de las peripecias que conforman un viaje; en la recreación irónica, cuando no paródica, de experiencias de iniciación personal; y en la presencia, con rasgo de protagonista, de un personaje que a veces puede ser un mentiroso compulsivo y otras un héroe con ribetes mágicos, pero que en unos cuantos casos veremos actuar también como un sujeto tramposo, trapacero, ingenioso, *trickster*, o como se le quiera llamar: como alguien, en cualquier caso, muy parecido a lo que entendemos por un pícaro.

Mentiras y/o ficciones (lo que viene a ser lo mismo)

El de los cuentos de mentiras constituye un repertorio narrativo muy singular porque en muchas ocasiones recurre a la primera persona, a la homodiégesis, para forzar un contraste más expresivo, incluso más dramático, con los disparates y paradojas que comunica. Es fácil apreciar la eficacia de tal estrategia a partir de los muchos relatos de este tipo que ha acogido un libro fundamental sobre los *causos* brasileños que ha sido publicado recientemente por el investigador Ricardo Pieretti. Los *causos* son una modalidad de relatos de mentiras narrados, en primera persona, y como si fueran experiencias vividas, entre los pescadores del Pantanal del sur de Brasil. Se hallan a mitad de camino entre el repertorio de los casos y anécdotas personales (pero simulados y disparatados) y el de los cuentos maravillosos. Su irónica ambigüedad y su conflictiva adscripción de género plantean no pocos retos a la hora de estudiarlos. Pero tales paradojas los convierten, al mismo tiempo, en un repertorio literario

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

de riqueza y poder de sugerencia insólitos. De lo intenso de su potencialidad expresiva da fe el hecho de que novelas canónicas en que prima la homodiégesis, como *Moby Dick* (1851) de Herman Melville, con la escurridiza primera persona que se manifiesta desde su primera línea (“Call me Ishmael...”), se inspiró justamente en relatos de mentiras (muy tradicionales entre los pescadores y marinos de los grandes ríos y de los mares de Norteamérica, y de muchos otros lugares del mundo) de vieja raigambre oral.

Cabe matizar, en relación con los cuentos de mentiras, que Maxime Chevalier, en su libro canónico sobre los *Cuentos españoles del Siglo de Oro* (1983) les reservó una sección aparte, aunque no demasiado nutrida y sin comentarios acompañantes, que estaba formada por seis cuentos en total. Entre ellos hay dos, el titulado *El niño de la cola de lobo* (que se corresponde con el tipo cuentístico ATU 1875, *The Boy on the Bear’s or Wolf’s Tale*, *El niño con la cola del oso o del lobo*) y *Ajustadme esas medidas* (ATU 1920D, *The Liar Reduces the Size of his Lie*, *El mentiroso reduce el tamaño de su mentira*), que están en primera persona, mientras que los otros cuatro no lo están, aunque incluyen, en algunas versiones, secciones en que la primera persona asoma o se insinúa en estilo directo o indirecto: se trata de los cuentos titulados *Las palabras heladas* (ATU 1889, *Münchhausen Tales*, *Cuentos de Münchhausen*), *La liebre grande* (ATU, *Contest in Lying*, *El concurso de mentiras*, 1920), *La col y la caldera* (ATU 1920A, *The Sea Burns*, *El mar arde*) y *La tierra de Jauja* (ATU 1930, *Schlaraffenlad*, *El País de Jauja*). Años después de Chevalier, José Lara Garrido analizaba la poética de los cuentos de mentiras renacentistas a la luz de los casi cuarenta relatos breves que hay interpolados en los *Diálogos de la montería* (ca. 1587) de Luis Barahona de Soto, con su riquísimo despliegue de perspectivas en lo que se refiere a la voz narrativa: “Contaros he a ese propósito lo que supone de un cazador de gran crédito, el cual dice que vio él mismo...”; “me contó pocos días ha un montero...”; “contaros he acerca de esto un cuento que vi pasar a un labrador...”; “os contaré... lo que me pasó pocos años ha...”, “subcedió a dos cazadores amigos míos, hombres de mucho crédito, y que me lo contaron a mí otro día siguiente”. Yo mismo, en mi libro *El cuento popular en los Siglos de Oro* (2004), establecí varias subcategorías dentro de los relatos de mentiras, entre ellas las de la patraña, el cuento de viejas, el cuento de mentirosos y el cuento de disparates. Y amplié además el elenco de ejemplos, algunos de ellos en primera persona, aunque no me detuve a examinar, en aquella ocasión, la cuestión de las voces narrativas articuladoras de este tipo de relatos.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Queda mucho por hacer, según vemos, en torno a esta cuestión. Pero las limitaciones de espacio aconsejan que soslayemos ahora el comentario de los cuentos de mentiras de la tradición renacentista y barroca (pálida muestra, sin duda, de los que debieron andar corriendo en las tradiciones orales coetáneas), y que miremos al mucho más desatendido repertorio folclórico actual, desde el que nos pueden llegar datos e informaciones novedosos y determinantes. Aunque, para que nos hagamos primero una idea de la poética de este tipo de relatos en la época áurea, no quiero dejar pasar la oportunidad de extractar aquí algunos párrafos de uno que en el pasado se nos pasó por alto a Chevalier y a mí, y que es, posiblemente, el cuento de mentiras (ambientado, de nuevo, en escenarios marinos) en primera persona narrativa más extenso, complejo, deslumbrante, de todos los que nos legó nuestra Edad de Oro.

Asoma en el canto 18 de *El Crotalón* (1553-1556) de Cristóbal de Villalón, y enhebra una gran cantidad de peripecias, con aventuras de resonancias folclóricas (el episodio de la ballena que se traga un barco completo, cuyos ocupantes encuentran una auténtica tierra de Jauja en el interior del animal, entre otros) y episodios de sesgo más alegórico (el encuentro con la vieja Bondad y la joven Verdad en el vientre de la ballena). Entre las fuentes del relato están, indudablemente, el libro I y II de los *Relatos verídicos* (de título insuperablemente irónico, por cierto, porque no son más que una sarta extensísima de disparates) del escritor greco-sirio del siglo II Luciano de Samosata, que presentaba a unos expedicionarios que eran tragados y vivían durante algún tiempo en el vientre inmenso de una ballena. Pero la novelita de Luciano, desplegada también desde una proteica y desinhibida primera persona que sugiere que esta tipología de relatos hunde sus raíces en la antigüedad más remota (oral primero y luego escrita), no fue modelo exclusivo del cuento de Villalón, pues esa estirpe de cuentos de mentiras corría en paralelo en la viva voz de marineros, viajeros y gente común de todas partes. Y el relato español del siglo XVI está atravesado, sin duda, de motivos tomados del folclore común, igual que lo estaría, un milenio y medio antes, el relato mismo de Luciano.

Como espero analizar en detalle ese cuento fastuoso en alguna muy próxima ocasión, me limitaré a extractar aquí algunos párrafos que permitirán al lector apreciar (aunque de manera muy deslavazada porque he tenido que podarlo considerablemente para ahorrar espacio) el uso que hace el cuento de Villalón (en sintonía con el que hacía el relato de Luciano) de la primera persona narrativa:

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Por satisfacer en alguna manera el insaciable ánimo de mi deseo que tenía de ver tierras y cosas nuevas, determinéme de embarcar, y aventurarme a esta navegación; y así en este mismo deseo me fue para la ciudad y isla de Cáliz donde se hacía el flete más conveniente y natural.

Donde llegando hallé diez compañeros que con el mismo afecto y voluntad eran venidos allí, y como en aquella ciudad venían muchos de aquella nueva tierra y nos dezían cosas de admiración, crecíanos más el apetito de caminar. Deziannos el natural de las gentes, las costumbres, atavío y disposición, la diversidad de los animales, aves, frutas y mantenimientos y tierra. Era tan admirable lo que nos dezían, juntamente con lo que nos mostraban los que de allá venían, que no nos podíamos sufrir; y así juntándonos veinte compañeros todos mançebos y de una edad, hecho pato entre nosotros inviolable de nunca nos faltar, y çelebradas las çerimonias de nuestra amistad con juramento solene, fletamos un navío vizcaíno velero y ligero, todos de bolsa común; y con próspero tiempo partimos un día del puerto, encomendados a Dios.

Y así nos continuó siete días siguientes hasta que se nos descubrieron las islas fortunadas que llaman de Canaria, donde tomado [nuestro] fresco, después de vista la tierra, con próspero viento tornamos a salir de allí; y caminando por el mar al terçero día [de nuestro camino], dos horas salido el sol, haciendo claro y sereno el çielo, dixeron los pilotos ver una isla de la cual no tenían notiçia ni la podían conoçer, de que estaban admirados y confusos por no se saber determinar, poniéndonos en gran temor; y así a deshora admirábanse más turbados de ver que la isla caminaba más viniendo ella hacia nosotros, que caminábamos nosotros para ella.

En fin, en breve tiempo nos venimos tanto juntando, que venimos a conoçer que aquella que antes nos pareçía isla era un fiero y terrible animal: conoçimos una ballena de grandeza increíble, que en sola la frente con un pedaço de çerro que se nos descubría sobre las aguas del mar juzgábamos haber cuatro millas. Venía contra nosotros abierta la boca soplando muy fiera y espantosamente, que a diez millas hacía retener el navío con la furia de la ola que ella arroxaba de sí; de manera que viniendo ella de la parte del poniente, y caminando nosotros con próspero levante nos forçaba calmar, y aun volver atrás el camino. Venía desde lexos espumando y turbando el mar con gran alteración.

Ya que estuvimos más çerca, que alcançamos a verla más en particular, pareçiáanse los dientes de terrible grandeza, de hechura de [grandes] palas, blancos como el fino marfil. Venimos adelante a juzgar por la grandeza que se nos mostró sobre las aguas, ser de longura de dos mil leguas. Pues como nos vimos ya en sus manos y que no le podíamos evadir, començámonos a abraçar entre los compañeros y a darnos las manos con grandes lágrimas y alarido, porque víamos el fin de nuestra vida y compañía sin remedio alguno estar en aquel punto; y así dando ella un terrible empujón y abriendo la boca nos tragó, tan sin embaraço [ni estorbo] de dientes ni paladar que sin tocar en parte

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

alguna, con gavia, velas y xarçia, y munición [y obras muertas], fuemos colados y sorbidos por la garganta de aquel monstruoso pez sin lisi3n alguna del navío hasta llegar a lo muy espaçioso del est3mago, donde había unos campos en que cupieran otras veinte mil.

Y como el navío encalló quedamos espantados de tan admirable suceso, sin pensar qué podía ser, y aunque luego estuvimos algo oscuros porque cerré el paladar para nos tragar, pero después que nos tuvo dentro y se sosegó traía abierta la boca, de manera que por allí nos entraba bastante luz, y con el aire de su contino resolgar nos entretenía el vivir a mucho descanso y plazer. Pareçióme que ya que no quiso mi ventura que yo fuesse a las Indias por ver allá, que era ésta convenible comutaçión, pues fortuna nos forçaba en aquella cárcel a ver y gustar de admirables cosas que te contaré; y mirando alrededor vimos muy grandes y espaciosos campos de frescas fuentes y arboledas de diversas y muy suaves flores y frutas; y ansí todos saltamos en tierra por gustar y ver aquellas estañcias tan admirables.

Començamos a comer de aquellas frutas y a beber de aquellas sabrosas y delicadas aguas, que nos fue muy suave refeçión. Estaban por allí infinitos pedaços de hombres, espinas y huesos de pescados, y otros enteros que nos empidían el andar; tablas [y] maderos de navíos, áncoras, gaviás, másteles, xarçia, munición y artillería, hombres y otros muchos animales que tragaba por se mantener. Pero salidos adelante de aquella entrada a un grande espaçio que alcançamos a ver más de quinientas leguas, desde un alto monte vimos grandes llanos y campos muy fértiles, abundantes y hermosos: había muchas aves de diversos colores adornadas en sus plumas que eran de graçioso parecer; había águilas, garças papagayos, ruiseñores, sirgueros y otras espeçies, diferençias de graçiosas aves de mucha hermosura [...]

Ansí pensé una industria que çierto nos valió, y fue que yo hize poner a punto de navegar todo el navío, y compañeros, y hize luego embarcar todo lo neçesario para caminar, y cuando todo estuvo a punto hezimos ingenios con que llegamos el navío hasta meterle por la garganta de la ballena, y como la juntamos al pecho que le ocupamos la entrada al paladar nos lançamos todos en el navío, y con fuertes arpones, lanças, picas y alabardas començamos a herirla en la garganta; y como aconteçe a cualquiera de nosotros si tiene en la garganta alguna espina que acaso tragó de algún pez que le fatiga, que comiença de toser por la arrancar, ansí la ballena cuanto más la heríamos más se afligía con toser, y a cada tos nos echaba çinquenta leguas por la garganta adelante, porque çierto nosotros la dábamos gran congoja y fatiga que no podía sosegar, y tanto continuó su toser que nos lanço por la boca a fuera muy lexos de sí sin algún daño ni lisi3n; y como escarmentada y temerosa del pasado tormento y pena, huyó de nosotros pensando haber escapado de un gran mal; y ansí dando todos muchas graçias a Dios guiamos por volver a nuestra España deseosos de desengañar a todos que se ha ido la Verdad huyendo de la tierra.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

El extracto que acabamos de leer nos da una idea cabal de la fabulosa complejidad narrativa del relato engastado por Villalón en *El Crotalón*, que se halla a mitad de camino entre el caso fingido que busca legitimarse poniendo un pie sobre referentes historicistas (el viaje marítimo de Cádiz a Canarias, de camino a las Indias, por ejemplo); otro pie sobre la literatura escrita (pero con fuentes y resonancias folclóricas remotas) de herencia clásica lucianesca; y uno más sobre los recursos del cuento maravilloso y de los casos y leyendas fabulosos que se transmitían en el siglo XVI por vía oral. Su (obligada por la falta de espacio en este artículo) *abreviatio* nos hurta, en particular, la apreciación más cabal de la estructura en forma de sarta de episodios y aventuras, en ocasiones dialogada, y las agudas reflexiones metaliterarias (y metafilosóficas) que desliza una y otra vez el narrador acerca de las relaciones entre realidad y ficción, o entre suceso y fábula. Cuestiones que no andan demasiado lejos de las que articulaban la estructura regular y la ideología y la retórica características de la novela picaresca.

Los cuentos de la vida de un cabrero que contaba cuentos

Pero preferimos aplazar el análisis de este cuento en concreto para alguna futura ocasión, y centrar ahora nuestros esfuerzos en considerar y reivindicar la tradición cuentística oral en primera persona registrada en las últimas décadas en España. Primero, porque se trata de una tradición prácticamente desconocida para el común de la academia filológica, y que tampoco ha sido, que yo sepa, objeto de seguimiento específico ni por los estudiosos siquiera del cuento tradicional hispano; y además, porque es brote y reflejo de un tronco de folclore y de unos usos narrativos de raíz inmemorialmente vieja. No es disparatado pensar, por ello, que el tipo de relatos que vamos a considerar a partir de ahora fuese perfectamente familiar a los oídos, y que pudiera haber seducido e influido en los (re-)escritores renacentistas y barrocos de cuentos de mentiras y de novelas picarescas. Porque hoy el repertorio de cuentos folclóricos en general está muy en declive en España (también, aunque menos, en Hispanoamérica), y el de cuentos folclóricos en primera persona muchísimo más. Pero es de suponer que hace siglos sería un repertorio que tendría absoluta vigencia, y que cuentos de la calidad y el estilo de los que vamos a ver transcritos enseguida podrían ser escuchados,

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

corrientemente, en cualquier chozo de pastores, hogar de pueblo e incluso plaza o mentidero de ciudad.

Antes de argumentar más, vamos a conocer un cuento que registré yo, en el pueblo de Herrera del Duque (Badajoz), el 7 de noviembre de 1989. El narrador fue un pastor, cabrero para más señas, que se llamaba Tomás Zárate Diajorge, quien había nacido en 1908 y apenas había podido acceder a la instrucción letrada. Él me confió que había aprendido sus cuentos y su estilo de narrar de “los pastores más viejos que yo”, y me habló extensamente acerca de las durísimas condiciones de vida de los cabreros extremeños de las décadas iniciales del siglo XX, que se veían obligados a pasar temporadas de hasta un año (o más) en el campo, lejos de sus casas, y se entretenían contándose los unos a los otros este tipo de relatos.

Tomás Zárate era un narrador excepcional que tenía tendencia a contar (creo que no por innovación suya, sino porque los había aprendido ya así) narraciones complejas que aglutinaban tipos cuentísticos que en otros lugares se transmiten como discursos autónomos. Me comunicó, por ejemplo, versiones insuperables de los cuentos

-“*Pues piedras se te vuelvan*” + *El toro Barroso* + *El don indiscreto* (ATU 830B, *My crops will thrive here without God's blessing, Mi cosecha crecerá sin la bendición de Dios* + 889, *Wager on the Faithfulness of the Servant, La apuesta sobre la lealtad del criado* + 1391, *Every Hole to Tell the Truth, Cada agujero debe decir la verdad*),

-de *Los infantes con el sol y la luna en la frente* (ATU 707, *The Three Golden Children, Los tres niños de oro*),

-de *El hijo sabio* (ATU 1730, *The Entrapped Suitors, Los pretendientes atrapados* + 1358C, *Trickster Discovers Adultery: Food Goes to Husband Instead of Lover, El tramposo descubre el adulterio: la comida llega al marido, y no al amante*),

-o de *Mariquita ñique* (ATU1730, *The Entrapped Suitors, Los pretendientes atrapados*).

Este último relato lo introducía con actualizadores de espacio (a los que él era muy aficionado) que acercaban a él y a su auditorio al lugar y al acto de narrar: “Pues aquí en mi pueblo una vé vivía un viudo, y tenía una hija soltera *mu* guapa...”.

El cuento en concreto que voy a reproducir ahora, el de *El cabrero va a misa* + *El cabrero recién casado*, se ajusta al tipo ATU 1831A* (*Inappropriate Actions in Church, Acciones inapropiadas en la iglesia*) y a los motivos J1742.5 (*Countryman misunderstands comforts of*

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

city, Campesino que ignora las comodidades de la ciudad), J1744 (*Ignorance of marriage relations, Ignorancia de las relaciones matrimoniales*), J1744.1 (*Bridegroom does not know what to do on his wedding night, Novio que no sabe qué hacer en su noche de bodas*), J1744.1.1. (*Bridegroom gets into bed, Novio que se mete en la cama*) y J1745. (*Absurd ignorance of sex, Ignorancia absurda del sexo*).

Pero, aunque sea avatar de un tipo cuentístico que ha tenido cierta difusión en la tradición folclórica española (e internacional), el singularísimo *ars narrandi* de Tomás Zárate convierte su versión en una auténtica obra maestra del arte narrativo oral; elaborada dentro de unos parámetros retóricos depuradísimos; sutilmente medida y aquilatada en cada una de sus frases; ahormada sobre un lenguaje lleno de excursos insólitos (“me entregó doce machos cabríos con un buen cacho de cuerno cada uno, y cada uno un cencerro, y aquellos tenían que *dir* bajo de mi mando...”) y de trazos formulísticos (“amigo, eres malmellado, barbarroja, un retratito a su abuelo”) que yo nunca (al cabo de treinta años de dedicación al registro y estudio de la literatura oral) he podido o sabido localizar en el lenguaje más común y directo, mucho menos carnoso y más económico, del cuento folclórico. Algunas frases hechas y exclamaciones interpoladas en el relato de Tomás Zárate son dignas de Celestina, Lozana o Sancho: “No salía más que agua, claro, no había otra cosa, ¿verdad? ¡Quien no quiera más *tajás*, que se coma el caldo! ¡Nos ha *jodío* en mayo!”, “Con la novia estarás mucho mejor, porque mocita y doncella, pues toda ella”... Seduce, además, la relación pragmática y los guiños cómplices que lanzaba continuamente el narrador hacia su oyente, que en aquel momento era yo. Estrategias que debieron ser moneda común en el *ars narrandi* más viejo y tradicional, pero que ha dejado pocas trazas en las compilaciones modernas de cuentos: “Pues como le iba diciendo...”, “¿Tú no has visto los higos *pasaos* con bicho?”, “Salí ¡*plan, plan, plan!* con unas albercuchas que teníamos que tú no las conoces ni falta que te hace”... Recuerdan estos guiños que hacía el narrador al oyente en los cuentos de Tomás Zárate, a los muchos que entreveró con enorme desparpajo, dirigidos al lector, *La pícaro Justina* de la novela de Francisco de López de Úbeda. Una circunstancia para mí impactante, en el momento de la narración-grabación, fue que la anciana esposa del pastor se hallaba presente a su lado escuchando en silencio la autobiografía burlesca de su marido.

Pero lo que hace de este relato un documento absolutamente excepcional es que el sofisticadísimo narrador, el propio Tomás Zárate, encarna en él al desastroso y desastrado

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

protagonista, al cabrero ridículo e incultísimo que todo lo hacía al revés. Y que, para que no queden dudas acerca de su identificación con el personaje, siembra el relato de declaraciones autobiográficas. Cuando explica, por ejemplo, que al cumplir los nueve o diez años su padre (como así fue) “me llevó a un sitio que le llaman Majavieja”, o cuando aclara “que se llamaba mi padre Simón”. El que un narrador que domina un arte oral tan elaborado como el de Tomás Zárate asuma la insólita opción de inmiscuirse como protagonista (ridículo hasta el extremo, además) en la trama de su cuento, y el que sea capaz de desarrollarlo de manera tan magistral y refinada, nos desvela un modo de contar cuentos sumamente especializado, que el inolvidable cabrero de Herrera del Duque no debió, sin duda, inventar, y que aprendería de otros pastores viejos y coetáneos en los chozos extremeños y manchegos en que tantos años de su vida, sin libros, sin prensa, sin radio, solo con cuentos, pasó.

Por desgracia, los filólogos, que somos un gremio especializado en llegar siempre tarde, hemos hecho honor, también aquí, a ese rasgo de nuestro currículum, y el fabuloso repertorio oral de los cabreros, un oficio que en las décadas iniciales del siglo XX (Tomás Zárate era ya cabrero en 1918 o 1919) se desarrollaba en España de acuerdo con unos usos que no debían ser muy distintos de los de hace un milenio o dos, nunca llegó a ser registrado ni estudiado con la amplitud, profundidad y calidad etnográfica que se merecía. Al puro azar debemos, de hecho, que textos como el que vamos a conocer enseguida hayan sido preservados. He de admitir que el inmenso narrador Tomás Zárate fue informante mío por casualidad: no porque, en 1989 yo, que era entonces un folclorista muy joven e inexperto, anduviese buscando el repertorio específico de los relatos de los cabreros, sino porque, entre los narradores que pude entrevistar en mi expedición a Herrera del Duque, se encontraba casualmente él.

Debo decir, en cualquier caso, para hacerle mejor justicia, que si llegué hasta él fue porque varias personas de su pueblo me dijeron que él era conocido allí por lo bien que contaba sus cuentos; y que por aquellos años tuve la oportunidad de entrevistar a otros viejos cabreros (incluido alguno que cantaba romances al son del rabel), y que, por lo regular, tenían repertorios orales muy importantes, aunque ninguno alcanzaba, según lo que yo pude observar o documentar, al de Tomás Zárate:

El cabrero va a misa + El cabrero recién casado

Pues como le iba diciendo, mi padre me llevó a mí al campo de nueve o diez años de edad, de

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

mancebo, que es un oficio que hoy no hay quien le conozca. Me entregó doce machos cabríos con un buen cacho de cuerno cada uno, y cada uno un cencerro, y aquellos tenían que *dir* bajo de mi mando. Me llevó a un sitio que le llaman Majavieja. Pues una vez estaríamos allí y otra vez estaríamos más acá, otra vez estaríamos más allá, total, yo llegué a tener dieciocho o veinte años y no había vuelto al pueblo. Ya mi madre la pobre iba, nos llevaba la muda, nos llevaba el suministro, y una de las veces que fue mi madre a la *majá*, decía mi padre, dice:

—Este muchacho había que llevarle al pueblo.

Porque otras veces el que se quedaba soltero era un *desgraciao*, ni había residencias ni había Seguridad Social ni *ná*. Quien se muriera soltero y no tuviera ni un familiar, aquel se moría de asco. De *mó* que dijo mi padre:

—Bueno, pues yo ya te digo.

Y me cogió mi madre del brazo, y me trajo como un kilómetro o así me trajo. La mujer se cansó de guerrear conmigo y me soltó. Claro, en cuanto me soltó, pues *¿aónde* fui a parar? A la *majá* otra vez.

Pues me gustaban mucho los higos *pasaos*. Tú sabes lo que son los higos *pasaos*, *¿no?* De *mó* que fue mi madre a en *cá* de una vecina mía y la pidió:

—Un celemín higos *pasaos*, a ver si gustan a mi Tomás, que tengan bicho.

¿Tú no has visto los higos *pasaos* con bicho? Crían gusanos en dentro los higos *pasaos*, y quería mi madre que tuvieran gusanos *pa* que me *enreara* en *expulgarlos* del bicho: quitaba el bicho y me comía el higo. De modo que le echó los higos *pasaos* la vecina a mi madre, se fue a la *majá* y me enseñaba uno y le cogía, y mientras yo *expulgaba* aquél, mi madre andaba un cacho y me volvía a enseñar otro y venía a por él; *asín* me trajo cuatro o cinco kilómetros. A los cuatro o cinco kilómetros se acabaron los higos, y me volví otra vez a la *majá*.

[Otra vez] me trajo mi madre a la puerta [de la] casa con los higos *pasaos*, y mientras echando la llave, asomaron dos hermanas mías que tenía yo, y una prima que tenía más abajo por la esquina:

—¡Ay, mi Tomasín, qué grande estás, mira, te voy a dar un besito!

Y entonces salí corriendo y me fui otra vez *pa* la *majá*.

Pos ya dice mi padre:

—*¿Pos* como yo pierda un rato para llevarte al pueblo, no te vas a escapar!

Fue, teníamos una burra, hizo los haces de monte, se los enlazó a la burra... Los haces de monte son unas alforjas: este es el lomo de la burra, y unos aquí y otros aquí. Hizo los haces de monte, y se los enlazó a la burra y me metió en el medio. Y me ató bien *atao* para que no me escapara. Cuando faltaba un kilómetro o dos para llegar al pueblo digo:

—Padre, tengo ganas de mear.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Dice:

—Méate ahí.

Pues allí mismo me meé.

Llegamos al pueblo, me bajaron de la burra, me metieron en casa, y me fui ahí a dos tiros de la casa a una habitación que había, y yo cuando entraban las mujeres me asomaba, pero yo no salía de la habitación. Pues ya, tenía dos hermanas y empezamos a sacarnos por el pueblo. Ya empecé yo a ver el personal, ya me fui ilustrando. *Pos* ya dice mi madre:

—Hijo, tenías que *dir* a misa.

—A ver dónde está la iglesia.

—Tú sales la calle adelante y *ande* veas que entra mucha gente, dice, aquello es la iglesia.

Pues acerté a entrar por una calle que había un casorio y venía el acompañamiento de la boda, que entonces se hacían las bodas en casas particulares. Y yo vi entrar allí la gente y allí me metí; y venían las mujeres y dice:

—¿Quién le falta cuchara? ¿Quién le falta cuchara?

Digo:

—Yo no tengo cuchara.

Me dio una cuchara corriente. Bueno, pues empezamos a comer, estuvimos comiendo, y acabamos de comer, y yo me vine a casa. Nunca había *estao* en misa, yo no sabía lo que era misa. Me vine a casa.

—¿Ya has *estao* en misa?

Digo:

—Sí.

De *mó* que le conté a mi madre lo que habíamos tenido, y dice:

—¡Pero si eso era un casorio! ¡Eso era una boda! ¡Eso no era misa!

Dice:

—Misa está más allá.

Bueno pues, dice:

—Allí está la pila de agua bendita, ahí vas y mojas los dedos, y te santiguas y entras en la iglesia.

Y yo, como me habían dado aquella cuchara y era chica, yo tenía una cuchara de madera que cogía cuarenta o cincuenta garbanzos, digo:

—Pues hoy me voy a llevar el zurrón con las cucharas *en dentro*.

Y llegué a misa y fui a la pila del agua bendita, y metí la cuchara y no salía más que agua, claro, no había otra cosa, ¿verdad? ¡Quien no quiera más *tajás*, que se coma el caldo! ¡Nos ha *jodío* en mayo! Y estuve oyendo misa.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Y ya me vine a mi casa, y empecé a andar por el pueblo, y tal. Y vivía muy cerca de mi casa una mujer que *lo daba*. ¿Tú no sabes lo que es eso, una mujer que *lo da*? ¡Claro! Y dice mi madre:

—¡María! ¿Por qué no se acuesta mi Tomás contigo, así se pica y busca novia?

—¡Bueno, pues que se acueste!

La mujer estaba con ganas de dinero.

—¡Bueno, pues que se acueste!

Bueno pues, dice mi madre:

—Te vas a ir a acostar con la María. Tú *se lo pides*, que ella *te lo dará*.

Pues la mujer ya era de edad, y no tenía muchas ganas de cuestiones, y hizo una ristra de *mantecaos*. Otras veces eran las casas más bajas que ahora, con vigas de madera, y en las vigas de madera había puntas *clavás*, para colgar cosas, y fue la mujer y colgó la cesta en una punta. De modo que llegamos, nos estuvimos desnudando, se baja la tía, ya está la tía con el negocio, y entonces no gastaban las mujeres bragas ni pollas, más que un cacho camisa la que lo tenía. Tenía la camisa *manchá* y digo:

—María, ¿y esa sangre?

—Si esa es que me sale de las narices.

—¿Y a ver? ¿Y cómo es que te limpiaste en la camisa?

Dice:

—Ya ves, porque estaba *acostá* y por no levantarme a por un pañuelo me limpié ahí.

Bueno, pues bueno está. Y otras veces —aquí en mi casa había, en otras casas no—, había una bacineta así debajo de cada cama, para orinar. De modo que se arremangó la tía la saya, se bajó para la bacineta y se presentó el coño.

—María, ¿y eso que es?

Dice:

—Eso es el *pos* y *vamos*.

Yo digo:

—¿Será que tienen las mujeres ahí otra boca?

Digo:

—Si está la boca que yo he visto, si está *entravesá*, y esa está así.

Pero uy, se quedó en duda. Nos acostamos. Y yo:

—María, *dámelo*.

Entonces la mujer bajó la cesta, me dio un *mantecao* y me lo machaqué. Al poco rato:

—María, *dámelo*.

Hasta que me hinché de *mantecaos*.

Bueno, pues por la mañana nos levantamos, me fui a mi casa, dice mi madre:

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

—¿Qué estás?

Digo:

—Vengo como el vientre como una estaca.

Dice:

—Pues con la novia estarás mucho mejor, porque mocita y doncella, pues toda ella.

Pues verás, a buscar novia y casarse de *contao*. Ah, nos casamos, fueron a llevarnos los padrinos por la noche al dormitorio como había costumbre, de modo que nos acostamos y digo:

—Chacha, *dámelo*.

—Pues ahí lo tienes.

Digo:

—¿Dónde?

Dice:

—¿No sabes tú dónde esta?

Digo:

—La María lo tenía *colgao* en el techo. No sé dónde lo tendrás tú.

De modo que me dice:

—Trae *p'* acá la mano, verás.

Me lleva.

—¡Me cago en la guarrona! ¿Es que lo tienes al *lao* del culo?

Así que me levanté con ella, y la habitación tenía puerta, tenía dos medias puertas la habitación. Y me subí en una media puerta y estuve toda la noche meciéndome encima la media puerta. Y la novia *acostá* en la cama. Por la mañana fueron a llamarme, que hay costumbre por aquí de *dir* por la mañana los familiares a llamar a los novios. Digo:

—¡Estoy *subío*!

Dicen:

—¡*Dejarle*! Se habrá *dormío* y estará echándolo al levantarse ahora.

Al poco rato:

—¡Estoy *subío*!

Y ya tuvieron que *escerroj* la puerta y entrar, y estaba yo *subío* encima de la media puerta. Que encima de la mujer no me había subido todavía.

Bueno, pues yo me levanté otro día y me fui a mis cabras. No iba a estar pasando hambre la mujer porque yo fuera un mamarracho, ¿verdad? Se buscó un querido. Al año o cuando sea, otro cabrerito que había en el pueblo como yo le mandan:

—Dile a Tomás que venga, que tiene un muchacho.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Pues bueno. Pues pasa por allí:

—Eh, Simón.

Que se llamaba mi padre Simón. Dice:

—¿Qué?

—Que se vaya Tomás esta noche a casa, que tiene un muchacho.

Bueno. Dice:

—Mientras no encerremos no te puedes ir.

Mientras no encerráramos las cabras. Las cabras eran *mu anohecío*. De modo que ya que encerramos *anohecío* salí ¡*plan, plan, plan!* con unas albercuchas que teníamos que tú no las conoces ni falta que te hace; me vine a casa, fui *aonde* vivíamos. Dije:

—Chacha.

—¿Qué?

Digo:

—Saca al niño que le dé un beso, que me voy a *dir*.

Y estaba el niño que sacó el culo y yo vi que colgaba lo que sea, pero yo no sabía lo que era, y le di el beso en el culo al crío. Y digo:

—Amigo, eres malmellado, barbarroja, un retratito a su abuelo.

Se tiró un pedo el que digo y me dio en la nariz. Claro, yo digo:

—Guárdale, que le hiede el aliento. Guárdale que no se costipe.

Salí marchando y me fui otra vez a mis cabras. Y hasta ahora.

Para comprender más cabalmente este cuento, y sobre todo las circunstancias sociológicas en que se transmitía y a las que la narración remite una y otra vez, conviene que nos asomemos a esta declaración acerca del oficio de cabrero que hizo su magistral narrador:

Empezábamos, según necesidad, casi de diez o doce años, la mayoría sirviendo a gente pudiente, del pueblo o según se terciara. Si no había trabajo en el pueblo había que buscar forasteros.

Yo he *estao* en La Mancha trabajando en el *ganao*. Allí en Horcajo de los Montes y por ahí en la provincia de Ciudad Real. Nos íbamos allí y nos tirábamos días, o meses, o años. En Navalvillar estuvimos un año y medio sin venir al pueblo. Una dehesa que hay, porque es que nos íbamos allí la familia a vivir, claro, en un chozo.

Si *usté* viera dónde hemos vivido nueve personas, vamos, si no lo veía no lo creería. En un chozo poco la mitad que esto vivíamos nueve personas. Siete hijos que tenía yo. Y allí hacíamos lumbre,

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

y allí hacíamos de comer y allí hacíamos *tó*. El chozo lo construíamos nosotros, con paja de centeno que se llama, y madera. Estando bien *preparao*, en los chozos no entraba el agua. Tapando la puerta tampoco hacía frío. Se hacía una buena lumbre en dentro y se calentaba dentro. Se tragaba mucho humo. Y las personas se ponían bastante morenas con el humo. Por la noche se encerraban y por el día se ponían a pastar.

La oveja en la primavera no tiene que salir tarde porque se *abasquilla*, que se llama *abasquillar*. Con el relente de la noche se *abasquillan*, se mueren. Y había que sacarlas en la primavera. O sea, que cada ganadero a lo mejor teníamos quince o veinte cabras, y con aquellas cabras se dedicaba un zagal. Y cuando venían aquellas cabras del repasto, que se llamaba, el repasto es salir por la mañana temprano y venir a las diez o las once o las doce a ordeñar que llamábamos, a sacar la leche. Y cuando venían las cabras se ordeñaban y se comía y entonces se soltaba la oveja.

Por el día estábamos con el *ganao* y teníamos que tener *cuidao* con los lobos. Las veinticuatro horas del día permanente. La oveja tenía a veces la viruela y la cabra la sarna: son las enfermedades más contagiosas que tenían los animales. La viruela se curaba vacunándola. Y la sarna cuidándola con lo que nos parecía, porque entonces aunque hubiera veterinarios no tenían práctica ninguna y curábamos con lo que nos parecía. Como más se lo solíamos curar, con agua caliente, porque la sarna cría una caspa, una costra que se llama, y con agua caliente y un estropajo que es de esparto, y luego le dábamos con sosa *rebajao*. Es lo que gastábamos.

La familia sin poder aprender a leer ni a escribir. Se criaban analfabetos. Incluso alguno como aquel caso del cuento que te conté yo ayer que no había *veníó* a casa en *tanticuanti* tiempo era *verdá* que los pasaba. Y venían, y algunos no eran capaz ni de buscar novia ni de casarse. Y en fin, miles calamidades, todo una calamidad. *Ná* más.

Eso que me llevó mi padre de nueve o diez años a Majavieja, esa vida no creo yo que ningún padre la consintiera hoy en ningún hijo suyo. Eso es lo más esclavo que puede haber. Antes manejaban los pueblos cuatro o seis contribuyentes, burgueses, y aquellos nos tenían a nosotros como una *maná* de corderos. Teníamos que hacer lo que ellos nos mandaban y ir por donde ellos nos querían, y servirlos por un trozo pan y morcilla.

Eso es verdad, ¿eh? Estar un día una mujer en una casa, y por la tarde darla un cacho pan y morcilla, y mandarla a su casa.

Al final de este artículo haré algunas reflexiones adicionales acerca de la poética, la sociología y la ideología del cuento en primera persona de Tomás Zárate, cuya transcripción hemos leído, y, muy en particular, acerca de sus ingredientes irónicamente iniciáticos y

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

paródicamente sexuales, que tantos puentes tienden hacia ideas y tópicos que se hallan muchas veces encriptados en la novela picaresca (y en otras obras ideológicamente emparentadas con ella, como *La Celestina* o *La Lozana andaluza*). No se olvide que, desde aquel intrigante *Tractado cuarto* del Lazarillo de Tormes, escrito en un lenguaje mucho más velado que el de Tomás Zárate (el que habla muy apresuradamente de la traumática experiencia del Lázaro niño e ingenuo con un fraile de la Merced y con unas “mujercillas” amigas suyas), la cuestión de la iniciación sexual ridícula fue elemento crucial en la trama de no pocas novelas picarescas. Y en otras como el mismísimo *Quijote*, quien, en ventas y en palacios ducales, se mostró tan cómicamente renuente a la invitación sexual, e incluso a la matrimonial, como el cabrero Tomás Zárate en el cuento narrado por el cabrero Tomás Zárate.

Antes de cerrar este párrafo, y para que podamos apreciar mejor la potencia innovadora y la riqueza estilística del relato de Tomás Zárate, vamos a hacer el ejercicio de contrastarlo con un paralelo (registrado en San Cayetano, pedanía de Torre Pacheco, Murcia) que se acoge a parámetros narrativos más convencionales: a la tercera persona narrativa y al enfoque sobre el episodio y no sobre la secuencia:

El tonto quiere un hijo

Viene uno y era así, de esos que dormían en las cuadras, y él no sabía *na* de mujeres. Sabía que se casaban y que tenían hijos, pero él *na* más, no sabía otra cosa. Bueno, pos viene y por fin empieza la madre:

—Que te tienes que casar —y que tal y que cual—, que ya tienes edad.

Na, total que se casa y la noche de novios *pos* va y se va a la cuadra a dormir, de costumbre, a la cuadra, y ella se *quea* en la cama en la habitación. Y ella estaba más *cabrea* que un mono.

Y a otro día, muy temprano, que él sacaba las mulas muy temprano, toca la puerta:

—(Toc, toc, toc) Fulana, ¿ha *nacío* el nene?

—¡No! —Ella estaba *cabrea* de ver que él no se *había arrimao*—. ¡No!

—Bueno, *pos* no será; bien, *pos na*, mañana será.

Y a otro día le vuelve a tocar:

—¡Fulana!

—¿Qué?

—¿Ha *nacío* el nene?

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

—¡Sí! —Ella había *tenío* tanto disgusto—, ¡sí que ha *nacío*!

—¡Pos enséñamelo, enséñamelo que quiero darle un beso!

Y va y abre ella la ventana y le puso el culo, y al ir a darle un beso le dejó un follonazo.

Y a otro día, cuando vuelve otra vez dice:

—¡Chacha, enséñame el nene!

Y dice ella:

—El nene se murió.

—¡Con razón echaba ayer tanta peste!

Conviene advertir, en cualquier caso, que el uso de la primera persona en el cuento de *El cabrero va a misa + El cabrero recién casado* puede que no sea una innovación en términos absolutos de Tomás Zárate, sino solo una adaptación relativa, fruto de una estrategia heredada de los cabreros que le enseñaron a narrar sus cuentos para que cada uno, de manera personal, pudiese actualizar marcos argumentales acuñados con las marcas de tiempo, espacio y biografía que el narrador desease introducir. Conocemos, de hecho, paralelos, aunque lejanos y mucho menos sofisticados, de cuentos acerca de rústicos tontos que publicitan sus disparates en primera persona. El relato de Tomás Zárate sería, pues, una versión personalizada y sumamente refinada de ese repertorio. He aquí, para facilitar el cotejo, un interesantísimo relato de mentiras, en verso, que fue registrado en Valdecaballeros (Badajoz) en 1983:

Cien años antes
de que mi abuelo naciera, era yo colmenero
y me fui a castrar las colmenas. Llegué a la primera y nada;
llegué a la segunda y nada; llegué a la tercera
y me la encontré llena. Pasé por la puerta la iglesia
y vide a mi abuelo, que le estaban bautizando; y yo, como era mi abuelo,
entré de acompañamiento. El cura dijo que “oremos”;
yo le entendí que caguemos. Me arremango hasta los sobacos,
nadaban hasta los bancos. El cura dijo: “Echar afuera a ese loco”;
yo le entendí que “era poco”. Me arremango hasta las orejas,
nadaban hasta las tejas. Las viejas, como eran pocas,

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

nadaban como las sopas; el cura y el sacristán
corrían por el altar.

Los héroes y los cuentos manchegos de Julio Camarena

Conviene que llamemos ahora la atención acerca de una serie de cuentos orales que fueron registrados por el ilustre folclorista Julio Camarena Laucirica en pueblos diversos de la provincia de Ciudad Real entre las décadas de 1980 y 1990. Fueron publicados en dos gruesos volúmenes que vieron la luz en 1984 y en 2012, respectivamente (el segundo fue, por desgracia, póstumo). Los *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real* son, posiblemente, la colección más nutrida y más rica de cuentos tradicionales que ha sido registrada y publicada jamás en España. Más aún que la también fastuosa colección, en dos volúmenes, que el propio Camarena dedicó a los *Cuentos tradicionales de León* (1991). Superiores también a los monumentales volúmenes de Aurelio M. Espinosa [padre], *Cuentos populares españoles recogidos de la tradición oral de España* (1946-1947), y de Aurelio M. Espinosa [hijo], *Cuentos populares de Castilla y León* (1987-1988), que nos ofrecen una riqueza de tipos y de versiones imbatible, pues se trata de colecciones que fueron anotadas entre las décadas de 1910 y 1930, cuando la tradición oral española gozaba todavía de proteica vitalidad. Pero, pese a que las colecciones de los dos Espinosas tienen una altura y un escrúpulo científicos altísimos, no fueron registrados mediante grabadoras (muy raras y poco accesibles todavía en aquellos años), sino por medio de anotaciones manuscritas. Sus relatos no pudieron ser, por tanto, transcritos ni editados con las exigencias de fidelidad y de detalle que se impondrían en épocas posteriores, cuando la tecnología de la máquina grabadora facilitó y perfeccionó de manera exponencial el trabajo de los folcloristas.

La colección de *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real* (1984-2012) de Julio Camarena resulta portentosa, en fin, por muchas razones. La que más nos interesa destacar ahora aquí a nosotros es que incluye un ramillete tan raro como espléndido de cuentos tradicionales narrados en primera persona. Tantos, y tan sofisticados, que no vamos a poder hacer aquí un análisis tan detallado como quisiéramos de cada uno de ellos, aunque sí podremos aventurar una evaluación general de algunos de sus rasgos de poética.

Primero hay que señalar, en relación con la sociología de sus informantes, que entre

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

sus narradores hay varios “jubilados” y “campesinos” (sin más especificación), y también un peón caminero y hasta un “santero de la ermita (anteriormente, gañán y piconero)”. Aunque no es improbable que, en algún momento de sus vidas, todas estas personas se dedicaran también al pastoreo (que solía compatibilizarse, sobre todo en la infancia y la adolescencia, con las demás ocupaciones agrícolas), las escuetas identificaciones que hizo Julio Camarena de cada uno de sus informantes apuntan a que la transmisión de cuentos en primera persona no fue exclusiva de los cabreros (aunque estos fuesen narradores cualificadísimos) ni, por supuesto, de Extremadura. Lo más razonable sería deducir, a la luz de lo que aportan y sugieren sus textos, y los que vamos dificultosamente allegando de otras fuentes, que hasta finales del siglo XX hubo, en los pueblos de España, ancianos “campesinos”, básicamente pastores y agricultores, que recordaban algunos cuentos en primera persona (y muchos más en tercera persona) que debieron cumplir una función intensa de comunicación y de entretenimiento en el mundo rural español hasta las décadas de 1940-1950, cuando la irrupción de la radio y la televisión, los avances de la instrucción letrada, los movimientos migratorios hacia las ciudades, etc., pusieron fin abrupto a unos modos de vida y de cultura que durante siglos se habían mantenido apegados a patrones muy estables y conservadores.

Entre aquellos cuentos que fueron salvados de un olvido seguro por Julio Camarena en La Mancha de los años ochenta y noventa había más de uno que es digno parangón de los fabulosos cuentos extremeños de Tomás Zárate. Sobre todo los del magistral narrador Bartolomé Domínguez Rodríguez (quien tenía 61 años en 1990), del pueblo de Las Peralosas, que pertenece al ayuntamiento de Malagón. El “campesino jubilado” (no tenemos más datos acerca de su oficio u oficios) Bartolomé Domínguez Rodríguez era dueño de un repertorio asombroso de cuentos, y varios de ellos están narrados en primera persona, con solapamiento del narrador y del personaje principal. Ello sugiere, aunque no podemos confirmarlo (porque cabe también la posibilidad de que los aprendiese de ese modo de algún otro narrador muy experto), que Bartolomé Domínguez Rodríguez era un conocedor tan superdotado de los códigos internos de la narración de cuentos que era capaz de introducirse a sí mismo con el mayor desparpajo como protagonista de sus tramas ficticias.

Fijémonos, para empezar a acercarnos a su prodigioso *ars narrandi*, en el siguiente cuento, avatar de los tipos ATU 1525D (*Theft by Distracting Attention, Robo distrayendo la atención*) + 1525H (*Thieves Steal from One Another, Ladrones se roban unos a otros*).

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Mezcla en él los escenarios geográficos que le eran familiares (el cuento transcurre en Malagón, luego en el pueblo aledaño de Fernáncaballero...), con ínfulas historicistas (porque Curro Jiménez fue un bandolero que vivió entre 1819 y 1849, y el narrador no pudo por tanto formar parte de su partida de ladrones) y con los tópicos y recursos más genuinos del cuento tradicional. Más en concreto, del cuento de iniciación, de *trickster* y de mentiras, que tanto nos importan en esta ocasión a nosotros, por las analogías y vínculos que pueden tener con la literatura picaresca más clásica.

Admiran muchos de los motivos e ingredientes de este cuento tan excepcional, pero lo que más asombra es de qué modo el narrador, Bartolomé Domínguez Rodríguez, se identifica de manera explícita con el personaje protagonista (“que Bartolo nos ha quitado el guarro...”), en un ejercicio de homodiégesis tan elaborado como el que apreciamos antes en el magistral cuento extremeño de Tomás Zárate. Llama la atención, en el cuento manchego, que el narrador-protagonista, en vez de declararse sarcásticamente tonto o loco, asuma el papel (que tampoco se halla desprovisto de ironía) de héroe-*trickster* (que tan cercano se halla al perfil del pícaro literario). Cabe sospechar, en fin, que la anacrónica inserción del relato en los tiempos de Curro Jiménez tenga algo que ver con el hecho de que en los años en que el narrador fue entrevistado gozase de inmensa popularidad en España una serie televisiva (1976-1978) que ensalzaba las aventuras de Curro Jiménez y de su partida de bandidos. ¿Tan entusiasta espectador sería el narrador del cuento de aquella serie que se las arregló para injertar el uno dentro de la otra?

Curro Jiménez

Con Curro Jiménez es que estuve yo ahí, ahí al otro lado de la sierra esa. Yo crié la familia. Y, cuando crié, pues... pues las pasé muy mal: comía más bien... más bien por necesidad. En fin, claro, me puse ya...; digo:

—Pues me voy con ellos —que entonces andaban mucho en la sierra, de estos, bandoleros, que andaban. Y digo—, pues me voy con ellos.

Y llego allí, al rancho adonde estaban ellos; digo:

—Nada, que me vengo con usted.

—¡Pero tú no vales para ladrón! —porque esos eran para robar y para eso; dice— ¡Pero tú no vales para ladrón!

—Pues sí valdré —le dije.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

En fin, que yo lo que quería es entrar allí con ellos, a ver si ganaba algún dinero.

Y, ya, pues me hacen una prueba; dice:

—Bueno, pues te vamos a hacer una prueba; —dice— te vamos a hacer una prueba: —dice— mañana se casa uno.

Que eso fue ahí, en Fernáncaballero: estábamos nosotros ahí, en los quintos esos. Y venía. Y en aquella ganadería va a por un borrego. Dice:

—Tienes que quitársele y no meterte con él.

Yo tenía que quitarle el borrego y no meterme con él. Bueno; pues dice:

—Tú pide lo que quieras.

Digo:

—Pues deme usted un par de alpargates nuevos.

Y Curro me dio un par de alpargates nuevos. Pues, claro, ellos, de momento, se echan a risa:

—Anda este, con dos alpargates nuevos... le va a quitar el borrego.

Pues claro, hay ahí una revuelta que hace así el camino: hace así el camino; y como hay monte, pues yo arreé y solté allí... Venía él por allí, y le solté un alpargate allí y otro aquí. Y él *traíba* el borrego cogido así, caballero en un borrico. Y venía *cantandejo*: venía *cantandejo*. Y llega allí, dice:

—¡Oh, un alpargate —dice—, un alpargate nuevo! —Dice— ea, para uno no me bajo.

Y ya aquí, a la terminación de la revuelta esta, le solté el otro. Dice:

—¡Oh, el otro alpargate! —Dice— pues voy a por aquel.

Se bajó del borrico y salió corriendo a por aquel. Y, mientras, le quité yo el borrego, y me le llevé.

Pues claro, como le quité el borrego aquel, llego allí...

—Ya traigo el borrego.

Dice:

—Bueno; pues como le ha quitado usted ese, tiene que volver a por otro. —Dice— hay que quitársele. A ver qué quiere usted para...

Digo:

—Pues ya no —digo—, no quiero nada.

Y, claro, como había monte a un lao y a otro del camino aquel, pues... el hombre venía también *cantandejo* con el borriquillo, caballero en el borrico, y digo:

—Pues esto, lo mejor es ponerme aquí en el centro de esto, hacia donde le quité el borrego.

Y, cuando él llegaba allí *cantandejo*, empecé:

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

—¡Beeeeea!

Y...

—¡Jo! El borrego, el borrego está por aquí.

Y...

—¡Beeeeea!

Sale allí por entre monte, más que él así, mirando para un lado y para otro. Y, mientras él entre monte, yo arreeé por el otro lado, ¡pun! y le quité el borrego. Y no me metí con él.

Llegué con el otro borrego... En fin, pues ya probaron. Pero, claro, yo lo que quería es hacer guardias con ellos allí, porque tenían rancho, y tenían dinero: tenían pasta. ¡A ver! ¡Robaban! Cuando guipé adónde tenían el dinero, ya que me dejaron de hacer guardias, arreeé y se lo quité todo. Se lo quité y me vine: me fui al pueblo, a Malagón: me fui a Malagón. Digo:

—Si me estoy aquí, vienen una noche a por mí y aquí, aquí me matan.

Y me fui a Malagón. Y llego allí y, claro, pues lo que pasa: siempre ponían a los más ricos de alcalde; y yo empecé a rumbar allí con el dinero que me llevé y me pusieron de alcalde también allí.

Ya va a la sierra un chiquete, un chaval de allí de Malagón, que iba a por una carga de jara y le sale Curro Jiménez:

—Oye, —dice— tú, ¿de adónde eres?

—De Malagón.

Dice:

—Entonces conocerás a Bartolo.

Dice:

—Anda, si ya no se llama Bartolo; le dicen don Bartolo. Y hoy ha matado tres guarros gordos —dice—, hoy.

Dice:

—¿Sí?

Dice:

—Y le han hecho alcalde.

Dice:

—Pues sí, pues este.

Y sí, y era cierto, claro: me hicieron alcalde, y maté... entonces mataba buena matanza.

Pues dispusieron ellos de ir a quitarme los guarros. Y claro, van ellos, van a quitarme los guarros y... Y yo, mientras, por la noche, como había que colgarlos para que se orearan y eso, pues me fui al café, a tomarme un café allí al café: al casino.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

El caso es que vengo del casino, empiezo a contar:

—Uno y dos, y... —y el otro, me faltaba un guarro: me quitaron un guarro. Y me puse en ellos; digo— esto han sido ellos. —Digo— esto ha sido el Curro, que ha venido, y los otros, y me lo han quitado.

Salgo corriendo... porque yo sabía todas las trochas dellos. Lo sabía. ¡A ver, había andado con ellos! Salgo corriendo detrás dellos, iba de noche, y llego al que llevaba el guarro; digo:

—Échamelo un poco, que lo llevo yo para *alante*.

Y me le echa.

Y ya llegan al rancho ande estaban...

—Bueno, ¿y quién trae el guarro?

Dice:

—Pues yo se le he *echao* a uno.

Y el otro:

—Yo se le he *echao* a otro.

—Me cago en Dios: que Bartolo nos ha quitado el guarro.

Y, nada, yo me volví con el guarro: cuanto los pillé un poquito adelantados a ellos, me volví con el guarro para atrás.

Otro relato absolutamente memorable de la colección de cuentos manchegos de Julio Camarena es el que reproduzco a continuación con un narrador-protagonista que asume el perfil, complejísimo, de héroe cultural-civilizador-*trickster*. Se trata de una versión sobresaliente del tipo ATU 650 (*The Three Lucky Brothers, Los tres hermanos afortunados*). Su narrador vuelve a ser el fabuloso Bartolomé Domínguez Rodríguez, transfigurado esta vez en el menor de la tríada de hermanos característica de tantos cuentos maravillosos. Feliz e interesada elección, puesto que en este repertorio de *cuentos de tres hermanos*, el último es siempre el más heroico y más conocedor de las tretas propias de los *tricksters*:

El pueblo que no conocía los gallos, las hoces y los gatos

Pues esto es que mi padre tenía una costumbre, una costumbre cuanto sus hijos tenían ya una edad para poderlos mandar por ahí a que se buscaran la vida. Pues tuvo tres hijos, tres hijos y... y dos hijas. Sí, dos hijas, porque la otra se murió, la otra más... Bueno; pues ya manda al mayor; dice:

—Venga, tú a ganarte la vida por ahí —y le dio un gallo.

Le da un gallo, y el hombre se enredó a andar, andar por ahí. Yo no sé adónde llegaría,

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

porque llegó a un pueblo. Y aquellos todas las mañanas tenían la costumbre... Ellos, con que venía el día, salían a buscar el día. Y él llegó allí con el gallo. Y dice:

—No, hombre, no. —Dice— Si yo traigo un animalito que trae el día él solo.

Claro: el gallo al amanecer siempre canta.

Pues se convencieron. Allí, toda la noche esperando a ver cuándo cantaba el gallo, y toda la noche allí esperando... En fin, hasta que ya empezó a venir el día. Y entonces empezó el gallo a cantar.

—Pues ya viene, pues ya viene el día. Ya le trae, ya le trae. Ya le trae... *Na*: que pidió el dinero que quiso y... Y se lo dieron. Y se vino mi hermano. No marchó mal mi hermano: con aquello no marchó mal.

Bueno; pues luego manda al otro hermano mío. Y ya le manda y dice:

—Y a este, ¿qué le voy a dar?

Y arreó y le dio la hoz: de esas que segaban.

Se enredó a andar, andar, andar, andar, también, y *trompezó* en un pueblo que le decían el pueblo de los minines, que son así muy chiquininos. Y allí segaban con una lezna. Y le ataban una sogá así a la caña, arriba, a la caña, y uno estiraba y el otro le estaba pinchando a la caña, hasta que *caíba*. Y cuando iba cayéndose la caña, decía:

—¡*Apartáros*, minines, que se cae la encina!

Y lo que tenían para manejarse ellos, para labrar y para eso, eran los ratones. Y si iban, por ejemplo a un aguadero, como decimos nosotros... Aquí, vamos a un aguadero a esperar las liebres, a esperar... Pues ellos iban a esperar allí al aguadero y mataban las chicharras. Pues iban y mataban la chicharra y la *traíban travesá* en el ratoncillo, ellos caballeros. Y los otros decían:

—¡Eh! ¡Quién no mata una es la *reseciña* [sic] esa!

Y decían ellos:

—¡Este *pechiño*! ¡Este *pechiño*!

Eran muy chiquininos: ¡a ver, trabajar allí montados en un ratón!

Bueno; pues ya el hombre llega y dice... Estaban muy atrasados, como estaban allí con la lezna *heñescando* [sic]; dice:

—Pero hombre, cómo siegan ustedes así. —Dice— yo traigo aquí un animalito, —dice— que este siega, de cada... —eran pedacitos como baldosas o cosa así, era lo que araban; dice— yo, en cada golpe, me llevo todo un pedazo entero.

Llegó mi hermano allí: pun, de cada golpe, un pedazo entero. Pues ande, ya se empeñan ellos en comprársela; dicen:

—Hombre, véndanosle usted el animalito ese.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Dice:

—Sí, se lo vendo: tanto.

Y... y, en fin, que se los dio en tanto. Conque ya le dan tanto y se viene. Se viene para acá y... Y les dijo mi hermano; dice:

—Tengan ustedes cuidado, que a la postura de sol o por ahí se suele poner rabioso.

Y, ande estaba uno segando, pun, y se cortó un dedo, con la hoz: se corta un dedo, la tira al lado, sale corriendo al pueblo a dar cuenta que el bicho que le habían vendido se había puesto rabioso, viene el alcalde, viene el cura del pueblo... vinieron todos allí. Y tenían un cantarejo así, del agua, ellos, así, en el lado. Y hacía aire. Y se ponía el cántaro.... Con el ruido del aire, hacía: “Buuu, buu”.

Dice:

—Mira, allí. Dice: “buu, buu, buu, bu”.

Arrea el cura, que era más atrevido, le tira un cantazo... Y claro, la hoz, como es de acero, arreó y saltó la hoz, y le saltó un cacho y le saltó un ojo al cura. Y ya mi hermano se vino.

Bueno; pues luego ya me mandó a mí. Me manda a mí y me manda con un gato...

—Y yo con un gato, ¿qué voy a hacer?

Pues me lié a andar, andar, andar, andar también, y llegué a un pueblo... Y ya llego a un pueblo. Allí se los comían: tenían, así, sacabocados en las orejas, por todos sitios se comían, de ratones: no conocían los gatos allí.

Llego yo, el gato, que llevaba hambre... yo llevaba hambre, pero el gato llevaba más todavía. Y llego allí, suelto el gato, y se enreda a matar ratones: ¡uuh...! Ellos, que ven de matar ratones...

—Hombre, nos lo tiene que vender usted, el animalito ese.

Pues claro, yo lo que quería es que me dieran cuartos: cuanto les pedí me lo dieron.

—Pues hala, hala, sí. Te lo vendo.

Y le pedí... yo no me acuerdo cuánto fue: de aquello hasta hoy, yo viviendo muchos, muchos años.

Bueno; pues me vine para acá. Y, ya que me venía, pues se les olvidó a ellos preguntarme que qué comía el animalito aquel. Y sale corriendo allí, un camino *alante*, detrás de mí, y, ya que estaba... más que de aquí a la carretera, o como de aquí a la carretera, me dice, empieza:

—¡Amigo! ¿Qué come el animalito ese?

Digo:

—¡Lo que los hombres!

Él entendió que se comía a los hombres. Se vuelve; dice;

—Que se come a los hombres, el gato, que se come ese animal a los hombres.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Y estaba *hartizo* de ratones. Estaba, así en un balcón y hacía así... El gato se estaba relamiendo los hocicos. Dice:

—Mira lo que dice: que ni por estas ni por las otras nos escapamos.

Salieron corriendo y abandonaron el pueblo.

Reproduzco a continuación otro de los cuentos que atesoraba la memoria excepcional de Bartolomé Domínguez Rodríguez. Trasladado de manera insólitamente dúctil y fluida, como los anteriores, a la voz en primera persona, y a los tiempos, geografías y realidades sociales que forman el mundo del narrador. Pero avatar, en realidad, de varios de los subtipos de cuentos que se hallan englobados dentro del complejo ATU 1889 (*Münchhausen Tales, Cuentos de Münchhausen*). Una gruesa monografía podría ser escrita acerca del cuento que vamos a conocer a continuación (en realidad, acerca de cada uno de los cuentos del asombroso narrador de Las Peralosas). Pero nos conformaremos ahora con advertir que es relato a un tiempo de iniciación, de *trickster* y de mentiras. Y con señalar que episodios como el del caballo partido por la mitad o el del caballo atado al pararrayos de una torre son trasuntos sensacionales de varios de los famosísimos cuentos que fueron reunidos por Rudolf Erich Raspe (1736-1794) en *Baron Munchhausen's Narrative of his Marvellous Travels and Campaigns in Russia* (*El relato de los viajes maravillosos y de las campañas en Rusia del Barón de Münchhausen*, 1785). Una colección que fue escrita también en una irónica y carnosa primera persona que es deudora, por un lado, de los descabellados relatos que el mentirosísimo Barón de Münchhausen (1720-1797) solía contar acerca de sí mismo, y, por otro, de los cuentos de este tipo que han tenido arraigo en la tradición oral internacional desde muchos siglos antes de que se los apropiase el imaginativo Barón:

El desertor

Pues nada, que yo me fui voluntario al ejército. Y, claro, me fui voluntario al ejército, y me fui muy joven. Y llego allí, tres o cuatro días metido en el cuartel y no salía ni nada. Y ahí un sargento me dice:

—¡Venga, quinto! Vístete. —Y— ¿Qué haces que no sales de paseo por ahí un poco?

En fin, que ya me harté, y me vestí y salí de paseo. Pero lo que pasa a los que estamos criados aquí: no habíamos visto nunca una capital ni habíamos visto...; pues yo cojo una calle *alante*, y un pan, y venga mirar la calle *alante*, y que si veía un escaparate, que si veía otro... En fin, que

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

ya... Ya me se hizo de noche. Y ya anduve en todo Ciudad Real, se conoce, y ya no vide... Ya no sabía ni adónde estaba el cuartel ni no: *me se* hizo de noche, y ya no sabía dónde estaba.

Pues ya veo una casilla así, abierta, como una caseja, así, de planta baja, como esta, y digo:
—Pues aquí me paso —había una lucecilla.

Y, claro, me paso allí y... y hay, así, uno acostado en una tarima, así en un poyo, al lado de la mesa. Y digo:

—¡Amigo, aquí con usted me acuesto!

Y allí no me contestó nadie. El caso es que yo me desnudé y me acosté, y me metí allí. Pero yo me arrecostaba a él y cada vez tenía más frío.

Y ya sale una vieja de allí, de otra habitación, y un viejecillo. Salen y se sientan allí en la mesa. A velar, se conoce, al muerto: claro, estaba muerto: yo me arrecostaba y tenía frío. Y empieza el viejo a querer tocar a la vieja... ¡Chan! Dice:

—¡Estate quieto! ¿No te das cuenta que estás delante de un difunto?

Y entonces fue cuando me di cuenta yo que estaba acostado con un muerto, ¡con el miedo que me daba a mí de los muertos!

Salgo corriendo de allí; salgo corriendo... Y me salí más que con los calzoncillos, que era lo que llevaba puesto. Y, claro, ya pues salgo con los calzoncillos de allí, corriendo de allí, por una calle adelante. Y hacía una nohecilla muy mala: una nohecilla muy mala. Pues yo me arrecosté, allí, a unas puertas grandes, falsas, que había, y vienen los serenos de por la noche. Y, claro, me vieron allí arrecostado y decía uno al otro:

—¿Le tiro? ¿Le tiro?

Y... y ya digo: “Eso es a mí”. Y ya me levanté. Digo:

—¡Hombre, no me tiren ustedes, que soy un soldado, que me ha ocurrido esto...!

Y dice:

—Bueno, pero ¿adónde ha sido?

Digo:

—Y yo qué sé; ya no, ya no sé adónde ha sido —digo—, porque yo... Me ha pasado est... Y he salido corriendo.

Dice:

—Bueno, pues siga usted ya la calle *alante* y, en la misma calle —dice—, hay una senda: termina la calle y hay una senda. Y allí hay un pozo, que le llaman Pozo Roperero, y... usted sigue la senda adelante.

¡Cago...! Pues así lo hice yo: al hacerse de día, ¡pun! cogí la senda *alante*. Y llego al pozo. Y no hice más que dejarme caer en el pozo y allí me vestí como me pareció a mí. Pero luego, ya probé

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

a salir, que no estaba muy alto aquello: estaba algo así como las cogollas de los árboles estos. Pruebo a salir y ya no puedo. Pero siento dos de hablar por arriba. Siento que dicen:

—Mira, yo te ato a ti y, luego, cuando tengas dos trajes iguales, dices que tire.

Digo:

—Pues la ocasión de salir va a ser esta.

Arreé, cuando bajaba el otro para abajo atado, me escondí así un poco en la *covancha* del pozo. Me tiro a sus hombros, y el hombre, del miedo que le entraba, no decía más que:

—¡Ti... ti...! —Y— ¡Ti...!

No podía decir tira: más que “¡Ti...!”. Y el otro, que estaba tirando de la sogá, dice:

—¡Pero suelta una poca, no traigas tanta!

Y así me sacaron. Si los deajo, a lo mejor me hubieran dejado allí. Me sacan de allí y, en fin, les eché la mano y todo. Y ya, como se hizo de día, siento de tocar diana. Digo:

—Anda —digo—, si está el cuartel por aquí cerca.

Claro, estaba allí cerca el cuartel. Y, claro, pues la ropa era de la que tiraban los tísicos y eso, que la tiraban allí, al pozo aquel. Y yo me puse un traje y, no sé de lo que me pondría. El caso es que llegué al cuartel. Al llegar al cuartel, digo:

—Si está aquí el cuartel. —Digo— ya me voy al cuartel.

Me fui al cuartel y...

—¡Guardia, a formar! ¡El teniente coronel!

Pues nada; viene allí el que estaba de oficial allí, a darme la novedad:

—¡Sin novedad, el teniente coronel!

—¡Sin novedad, la guardia!

Y yo pasé a donde tenía mi esta... adonde estaba la compañía...

—¡Compañía, a formar! ¡El teniente coronel!

Pero ya viene el sargento y se encara a mí; dice:

—Anda. ¿Este es el teniente coronel? —Dice— si este fue el quinto que le dije ayer... que le dije ayer que se fuera de paseo. ¿Y viene ahora?

Se enreda, con una fusta que tenía, a darme palos... ¡Oh! Yo salgo de allí, unas escaleras abajo, corriendo...; salgo unas escaleras abajo y llego a las cuadras, adonde tenían los caballos, y me monto en un caballo: en un caballo que veía, tordo, con una montura. Y salí corriendo. Y espuelas...

—¡Que se fuga un quinto! ¡Que se fuga un quinto! —que salieron cuatro o cinco detrás de mí, soldados... hasta Guadiana: llegaron hasta Guadiana.

Y ahí en Guadiana ya los perdí yo, ahí ya los perdí. Y ya me vine aquí.

Y me metí luego a colmenero: cogía cera de estas, de las colmenas, así, de las abejas, sin

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

labrar, y la llevaba a laboratorio; en fin, que me metí ahí. A lo primero estuve viviendo, hasta que... la guerra se formó aquí en España, y... estuve viviendo así con eso. El caso es que ya arreo un día y voy para allá. Y ya había andado muchos pueblos y...

—Voy a ver qué tal se pone Ciudad Real, en la venta —fui con las colmenas y la cera—. Voy a ver.

El caso es que pasé por *aonde* yo me vine, y pasé para allá. Y siento:

—¡Pa! ¡Pa! ¡Pa! —venga a tirarme tiros, venga a tirarme tiros.

Ya me di cuenta que es que me estaban buscando todavía, allí. Le meto espuelas al caballo. Sale el caballo corriendo: derecho a Guadiana. Y, al llegar al agua, se queda así, el caballo, así con las manos, y... y más que venga a beber agua, y venga a beber agua, ¡y dejaba el río seco y no se hartaba! Y, claro, ya me di cuenta: miro así *p'* atrás, ¿y qué era? Que habían *cortao*... habían *cortao* la *metá* el caballo, la habían cortao por atrás a tiros. Y bebía, el animalito, por la boca, pero se le salía por atrás.

Pero, como llevaba cera, pues no me asusté: arree y le pegué con la cera. Como la cera sale de la jara, del romero y de eso, en la pega de la cera le salió un jaral, ¡ahí un romeral, de miedo! Como llevaba semillas, se conoce, de eso...

Bueno, pues ya digo:

—Voy a echar un viaje y... Y llevaba yo una escopeta de estas que se cargan por la boca, y siempre en el caballo. Yo guisaba ya... como llevaba leña allí, en la pega aquella, pues yo guisaba en lo alto del caballo y *tóo*. Y llevaba una escopetilla, de estas que se cargan así por la boca. Y veo un *venao* ahí, al pasar por La Toledana, ahí por la Toledana o por ahí, veo un *venao* que viene derecho a mí. ¡Arreo con la escopeta...! Digo:

—¡Anda! —porque entonces llevaba yo los plomos en un... en un cuerno se llevaban los plomos, y se llevaba la pólvora. Pero echo mano a los plomos y no tengo. Y *me se* vino a la esta [gesto: el narrador se señala la cabeza] que llevaba unos albaricoques. —Digo— pues le meto a la escopeta tres o cuatro chochos. Y le metí tres o cuatro chochos a la escopeta y le tiré un tiro. Vamos a poner: como de aquí a la gallina [gesto: el narrador cubre con un gesto la distancia que le separa de una gallina que picoteaba suelta por la calle a unos metros], o cosa así. ¡Y sale el *venao*...! Salió corriendo: el *venao* salió corriendo bien. En fin, que se fue el *venao*, pero no...

Y ya... pues ya pasó un año u dos, pasaron. Cuando vuelvo otra vez por allí y veo un árbol que viene derecho a mí: un árbol así, ¡tan *coloraíto*! Y, claro, pues le tiré otro tiro, al *tamareo* de que... según iba corriendo. Era el *venao*, que le tiré el tiro, se le metió entre cuero y carne y le salió un albarillo. Y, cuando yo volví, tenía el árbol ya tan *coloraíto*. Pero yo cogí pocos: llené las *aguaeras* bien, sí.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Bueno; pues luego ya eché... ¡Esa es la *nevá* que conocí yo más grande, en *toa* mi vida! Esa es la *nevá* más grande que conocí yo. Ya me metí más *alante*, de ahí de la parte de los Montes, me metí *p'* allá. Y se enredó a nevar, y venga a nevar, y venga a nevar... Y ya, tanto nevaba que, en fin, ya me se hizo de noche. Pero, como el caballo no se aturdía, digo:

—Pues voy a seguir.

Y ya, ya bien de noche, ya oscuro oscuro, pues veo que asoma así un cacho... Un cacho tangalón, así, *por cima* de la nieve. Digo:

—Pues aquí ato el caballo. Y como llevo leña aquí —digo—, pues apaño un poco de comer y... Y me echo —como yo me echaba así a un *lao* del caballo—: me echo.

Conque ya me eché allí y... Y, claro, en *metá* la noche se enreda a llover: en lugar de nevar, llover. Pues la nieve se desnevó: vamos, se deshelo, con el agua: se derritió. Y yo sentí por la mañana: ¡tan tan, tan tan, tan tan! Digo:

—¡Anda! —yo me había *arropao* la cabeza y *to*. Digo— ¡anda, pues estoy cerca de un pueblo!

Y ya me desarropo la cabeza, y miro y está el caballo... en el pararrayos de la torre estaba *atao*. Y es que, claro, era el tangalón que asomaba por cima de la nieve; estaba *atao*. Y yo estaba en medio la plaza: había *bajao* la nieve y yo estaba *acostao* en medio la plaza.

¡Pues no me apuré! Como llevaba la escopeta, arreé y le tiré un tiro a las bridas, cayó el caballo *dende* allí... Al tanganello ese que tiene el cura más abajo que la torre, y *dende* allí cayó al suelo, y le cogí y ya me vine ya *p'* acá otra vez.

Esa fue la nevada más grande que he conocido yo.

Antes de despedirnos (hasta que en alguna ocasión futura podamos volver a él) del fabuloso arte narrativo de Bartolomé Domínguez Rodríguez, conviene señalar que otro de los cuentos que de su voz registró Julio Camarena en 1990, el titulado *Don Fray Juan*, versión memorable de ATU 1537 (*The Corpse Killed Five Times*, *El cadáver matado cinco veces*), no está en primera persona, pero sí remata con una frase en la que el narrador vuelve a entrometerse en la trama, o, por lo menos, a situarse, como si hubiera sido un espectador presencial, en las orillas de la trama del cuento: “Y entonces yo me vine; entonces yo me vine para acá, que yo aquello no lo vi. No digan ustedes nada, porque andan buscando todavía al reo, ¿sabe usted?”.

Es esta una fórmula de cierre que es común en muchos cuentos tradicionales, aunque en la voz atravesada de ironía y de inventiva de Bartolomé Domínguez Rodríguez se deslice algún matiz y algún guiño cómplice adicional. En la colección ciudadrealeña de Julio

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Camarena podemos espigar, de hecho, unos cuantos ejemplos más, aunque menos fantasiosos y más rutinarios: “Conque sacaron su breve, se casaron y yo me vine aquí. El cuento *colorao* ya se ha *acabao*”; “Y se volvieron a su casa y yo me vine también”; “Yo me vine y allí se quedaron”; “Y yo me vine y no vi más”; “Así que se fue corriendo *pa* su casa y yo me vine”....

Otro narrador absolutamente sobresaliente de Julio Camarena fue Pedro Cobo Cobo, un anciano de Tomelloso que tenía 84 años en 1982, y cuyo oficio principal había sido el de “hacer carbón”. A él se debe esta versión, absolutamente abrumadora, de un cuento que combina los tipos narrativos ATU 900E (*El cazador del rey*) y ATU 860 (*Nuts of “ay ay ay!”*, *Las nueces del “¡ay, ay, ay!”*). Maravillan, una vez más, la fluidez en la soldadura de los episodios, la habilidad para situar la fábula sobre escenarios geográficos reales, la pasmosa naturalidad de la parodia de sí mismo en que incurre el narrador-protagonista-*trickster*:

El criado del rey

Una vez me metí yo a colmenero, en Somosierra, y estuve siete años *escastrando* colmenas. Y me comían las moscas... *To* me comía, de la miel que llevaba en los pantalones. Dejo el oficio y digo que me voy a conocer al rey. Me encuentro a un arriero...

—Buenos días.

—Buenos días.

Digo:

—Hombre, ¿usted sabe quién es el rey?

Dice:

—Un hombre, que está en palacio.

Bueno; llego a la puerta de palacio. Había una guardia. Digo:

—¿Hacen el favor de pasarme, que quiero hablar con la Real *Majestá* el Rey?

Me cogen los soldados y me pasan...

—Este señor viene a hablar con *usté*, a conocerlo.

Le hice el saludo...

—Siéntese orilla a mí. —Si llevaría miel que los pantalones se pegaban al asiento—. ¿Qué quiere este señor?

—Pues mire *usté*, que vengo a conocer al rey.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*:
homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Dice:

—Hombre, el rey soy yo.

Digo:

—Ya veo que es *usté* el rey. Yo creía que sería otra cosa el rey; ahora veo que el rey es un hombre como yo.

Dice:

—Sí, hombre, un hombre como *usté*, pero soy el rey. Bueno, vamos a ver, ¿a *usté* le gusta ser jardinero?

Digo:

—Pues sí, señor.

Dice:

—Bueno, pues *dende* mañana es *usté* jardinero. ¿También le gustaría a *usté*, si sale un día, una buena escopeta, y un zurrón y un buen perro pachón de caza...?

Digo:

—Sí, señor, lo he *tenío* de costumbre.

—Pues mañana, que es el primer día, se va *usté* a ir.

Me visten de señorito, con mi sombrero, con mi hachazo y *to*, buen perro pachón, buena escopeta y mi zurrón. Cojo una calle de Madrí. Una señora que está en el balcón...

—¡Buenos días, señora!

—¡Va *usté* con Dios, caballero! ¿Va *usté* de caza?

—Sí, señora, y a lo seguro.

Llego a la plaza, compro una liebre de las más hermosas, la meto en zurrón. A otro día vuelvo...

—¡Buenos días, señora!

—¡Va *usté* con Dios, caballero! ¿Se va de caza?

—Sí señora, y a lo seguro.

Pero ya le dice la señorita a la criada:

—Mira, niña, vas a hacer caso de lo que yo te mande. Te voy a pagar dos semanas dobles, y te voy a dar una propina grande, y te vas a tu casa si haces lo que yo te ordene.

—Usted dira, señorita.

—Vas a ir a la plaza; la liebre más hermosa que veas, la compras. Y te pones en la parte afuera y, cuando llegue ese señor y te diga: “joven, ¿vendes esa liebre?”, dices: “sí, señor; ¿cuánto quieres por ella?”; “no quiero nada, no quiero más que tres pelitos de junto al culo”.

—Ay, mire *usté*, señorita, yo a ese señor no le digo eso. Señorita, no señora, eso no está...

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

—¡Sí! ¡Tú se lo dices! Te pago dos semanas dobles, y te voy a dar una propina grande *pa* que vayas a tu casa.

Va la muchacha con su cesto; llega, compra una liebre, la más hermosa que vido, y se pone en la parte afuera. Pasa el señor aquel, vestido de cazador...

—¡Buenos días, señora!

—¡Va *usté* con Dios, caballero! ¿Se va de caza?

—Sí, señora, y a lo seguro.

Llega *ande* está la chica...

—Buenos días, joven.

—Venga *usté* con Dios, señorito.

—La liebre la tendrá en venta, ¿*verdá*?

—Pues sí, señor.

—¿Cuánto quiere por ella?

—Ay, señorito... mire *usté*, señorito... a mí me da vergüenza decirle a *usté*...

—No, mujer, no hay vergüenza que valga; tú dime lo que quieres por ella y, si nos apaña, pues me la llevo.

—Ay, mire *usté*, señorito... Si es que yo por la liebre no quiero nada, más que tres pelitos de junto al culo.

—¡*Mecachis*!

De forma que, como hay varios orinarios en Madrí, arranco [sic] un pelito de junto al culo...

—Toma.

Se los mete en un canutero, se va a la señora... Y me dió la liebre.

A otro día era sábado. Y vuelvo...

—¡Buenos días, señora!

—¡Va *usté* con Dios, caballero! ¿Se va de caza?

—Sí señora, y a lo seguro.

Dice:

—¿Y los tres pelitos de junto al culo?

Y se calla [sic].

Pero a otro día, domingo. Y vuelve *vestío* de pobre, y de mudo. Llega a la puerta de atrás. Sale la señorita y le abre. Y la criada no estaba. Y lo coge y se lo pasa al despacho. Le pone una buena cena de chorizos y huevos; buena cena. Pero el gato estaba al frente. Se le *escosen* los pantalones. Entonces el gato le daba. Ea, ya que cena bien, va a liar un cigarro...

—No, no, ahora lo liaré.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Lo coge y se lo sube por la escalera... En la escalera un revolcón, en la cama los que pudiese. Así que se hartaron de su bulla, se va.

A otro día vuelve aquel señor...

—¡Buenos días, señora!

—¡Va *usté* con Dios, caballero! ¿Se va de caza?

—Sí, señora, y a lo seguro.

Dice:

—¿Y los tres pelillos de junto al culo?

Dice:

—¿Y los tres polvos que le echó *usté* al mudo?

Dice:

—¡Calle ya, so calavera!

—¿Y el que le eché en la escalera?

—¡Calle ya, so ingrato!

—¿Se acuerda *usté*, señora, cuando me daba el gato?

Dice:

—¡Vaya *usté* mucho con Dios, so ingrato!

.....

Me dice la reina:

—Oye, mira, te voy a dar dos pesetas.

—¿Para qué quiere *usté* dame las dos pesetas? ¿*Pa* que me convide?

—Eso ya te lo daré yo aparte. Toma, dos pesetas; me vas a traer una de lo que hay y otra de lo que no hay.

Me encuentro a un monterero por la calle...

—Buenos días.

—Buenos días.

—Vente, que nos vamos a echar un vasejo de vino, hombre.

Se echan un vasejo e vino. Dice el monterero:

—Ahí hay una tía puta: todos los días que me pongo en la esquina a *vacear* las monteras, se ríe la tía de mí.

Dice:

—Dámelas a mí. Esta noche me voy a acostar con ella y con la criada.

—¡Pero hombre!...

—Ya lo verás.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Se echa las monteras al hombro, se pone en la esquina...

—¡Monterero!

Estaba la señorita con el señorito cogido del cuello. Dice:

—Ven aquí. Todos los días me tengo que reír de un pobre monterero que se pone en la esquina; ahora también nos vamos a reír de los dos.

—¡Monterero!

Cuando salen al *barcón* y dice:

—Dende que mi padre Adán
comió la primera fruta,
te conocí siendo puta,
y maja de un capitán;
señorita, tralarán.

Le da una *manotá* el señorito en el pescuezo...

—¡Anda, so guarra! ¿A eso me sacas a mí al *barcón*, a que se rían los tíos de mí? Préparame la maleta, que me voy a Barcelona.

Se vuelve; dice:

—Esta noche me acuesto con la criada y con la señorita, ya lo verás —le dijo al monterero.

—Coño, ¿*tiés* coraje?

—Lo mismo que te lo digo.

Al anoecer, vuelve hecho un pobrecico. Llama a la puerta...

—Ayyy.

—Abuelico, ¿qué quería usted? —la criada.

—Una limosnita.

—¡Señorita, señorita!

—¿Qué dices, niña?

—Que hay aquí un abuelico que quiere una limosna.

—Toma, dale estos diez céntimos.

.....

—Dile a la señorita que soy un pobre y yo no puedo pagar una pensión; si me pudieran recoger... Ande fuera, mire usted,...

—¡Señorita!

—¿Qué dices, niña?

—Mire *usted* lo que dice el abuelico: que por qué no lo recogemos *unque* sea en un rinconcito por ahí, como Dios los ampara, que no puede pagar el pobrecico una pensión.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

—Ea, *pos* que suba.

Lo suben, al despacho. Y ya preparan cena; a él le apartan, en su plato, su cena. Pues ya terminan de cenar y se agarran a jugar al parchís. Ya que terminan de jugar al parchís, había así un sofá...

—Y al abuelico, ¿*ánde* lo vamos a acostar?

—En ese sofá.

A poco de estar acostaos...

—Aayyy.

—¿Qué le pasa a *usté*, abuelico?

—Que tengo mucho frío, que tengo mucho frío.

—Y, ¿qué quiere *usté* que hagamos con *usté*?

—Si *ustés* quisieran que me acostara a los pies...

—Ay, mira, chiquilla, qué disgusto tan grande que has ido a buscar con el viejo: ¿no dice que se quiere acostar con nosotros?

—Pero mire *usté*, señorita, si es un pobre viejo, ¿qué puede hacer? ¡Véngase *usté* con nosotros!

Y se acuesta a los pies. Y sigue teritando...

—Pero ¿qué le pasa a *usté*, abuelico?

—Que tengo mucho frío.

—¿Y qué vamos a hacer con *usté*?

—Si *ustés* quisieran que me acostara entre medias de las dos, señoritas,...

—¡Pero vaya disgusto que has ido a buscarnos!

—*Pos* que se acueste; si es un pobre viejo, ¿qué puede hacer?

Se acuesta entre medias de las dos. Y al poco rato, ya iba entrando en calor. Dice la señorita a la criada:

—Pínchale al pobre, María; pínchale al pobre.

—Si le pincho y no se menea, si le pincho y no se menea.

Ya, por la mañana, lo *espacharon*. Y se va. Y viene por la tarde... Un gran muchacho, montado a caballo, con unas alforjas que... Y unas alforjas llenas de peras *podrías*; las riega por la puerta. Se asoma la señorita por el barcón; dice:

—Señor montado a caballo

y con mucha fantasía,

se abaja de su caballo

a recoger peras *podrías*.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*:
homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Dice:

—Señora con su *barcón*
y con mucha fantasía,
y toda la noche ha estado:
“pínchale al pobre, María”.

Dice:

—¡Ay, que es el tuno del tío viejo de anoche! ¿Ves? Los viejos son unos tunos; ya ves qué cosas, se ha *acostao* con nosotras dos.

Pues le dice él al monterero:

—Vente, que nos vamos a gastar la otra peseta en vino. ¿Ves cómo he *dormío* con las dos? Ya ves. Y tú, mira. ¿Se ríen de ti? Hombre, hay que ser más *espabilao*.

Llega a palacio...

—Oiga *usté*, señora princesa, le traigo las dos pesetas de lo que *usté* me dijo.

—¿Sí?

—Meta *usté* aquí la mano.

—Aquí no hay.

—Una peseta de lo que no hay.

Y la otra, se *escosió* los pantalones, el bolsillo.

Mete la mano y siente la pitorra; dice:

—¡Ay!

—Completas las dos pesetas.

Otro de los relatos que fue narrado por el anciano Pedro Cobo Cobo a Julio Camarena es una muy hermosa versión de un cuento de mentiras que se corresponde con el tipo misceláneo ATU 1920 A (*The Sea Burns, Arde el mar*):

Iba yo un día por la carretera, de noche. Había una luna muy clara... ahí, sobre las cuatro de la mañana, cuando alcanzo a ver delante de mí un carro, de *tenajas*. Me voy aproximando a él...

—Buenos días.

—Buenos días. Oye, sube aquí, que va el carro un poco trasero, y vamos platicando, hombre. Subo. Pongo así la mano...

—Coño, qué frío está esto. ¿Son *tenajas*?

Dice:

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

—No, son dos *colocejas* del desperdicio de la huerta.

Dos coles, que las traía aquí, al Tomelloso, a *vendelas*. Digo:

—*Pos* me han *paecío* dos *tenajas* de cuatrocientas arrobas.

—*Pos* nos, son dos coles.

Digo:

—Pues cuando esto es el desperdicio, cómo será la flor.

—Calla, hombre, calla; es un disparate. En *to* el medio de la huerta tengo una col... que te vas a asustar si te lo digo; mira cómo será la col que pueden pastear a la sombra de la col cuatrocientas setenta y cinco mil ovejas serranas.

—*Joé*, cómo será la col.

Dice:

—Una cosa *dispará*.

Digo:

—No me extraña, no me asusto yo de eso. Hace poco que estuve en Berlín, en la capital de Alemania, y vi una caldera, y había trabajando en la caldera cuatrocientos setenta y cinco mil operarios, y a las cuatrocientas setenta y cinco mil leguas se sentían los martillazos.

Dice:

—Hombre, *¿pa* qué podía ser aquella caldera tan grande?

Digo:

—Para cocer la col que tiene *usté* en su huerta, que pueden pastear las cuatrocientas setenta y cinco mil ovejas serranas.

Dice:

—Es cierto, que los otros días lo leí yo en el periódico.

En el mismo estilo de los cuentos de mentiras en primera persona está esta notabilísima versión de ATU 1960G (*The Great Tree, El gran árbol*) + 1882 (*The Man Who Fell Out of a Balloon, El hombre que se cayó de un globo*), que fue registrada por Julio Camarena a Juan Ramón Villareal González, un anciano de Puebla de Príncipe (Ciudad Real) que tenía 75 años en 1981 y era “santero de la ermita (anteriormente, gañán y piconero)”. Otro narrador cualificadísimo, que sabía conjugar con sorprendente naturalidad su geografía local y su biografía personal con el marco y el estilo del cuento más disparatado:

El molinerito en el pino que llega al cielo

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Pues yo era un muchacho que tenía yo ocho años, y había un molinero ahí, en unos montes, que le dicen el Molino Rajamantas, en el río Gualmena [se refiere al río Guadalmena]. Y mi padre era muy amigo del molinero: siempre que venía, venía a mi casa, que entonces la casa esta era muy chiquitilla, y venía aquí el molinero a hacer la cibera... El candeal, pa llevar *pa* moler. Y ya viene un día el molinero y le dice a mi padre:

—¿No podía buscar yo un muchacho aquí *pa* los gorrinejos?

En fin, las gallinas, los gorrinos, y los pavos... Allí, en la huerta del río.

—*Pos* sí...

Y yo estaba sintiéndolo. Y a mí me ha *gustao* mucho el monte, y me gusta; y ya le digo a mi madre:

—Madre, tenía yo que irme con el molinero.

—Muchacho, que tú eres *mu* chico...

Pues ya viene el molinero y le dice:

—Mire usted lo que dice: que se va él.

Y dice el molinero:

—Mejor, mejor que él nadie —porque nos llevábamos *mu* bien.

Y a la mujer le decían María. Y llegamos. Yo ¡más contento allí, *montao* en el borrico! Y estaba la hermana María, la mujer, estaba renegando...

—¿Qué le pasa a *usté*, hermana?

—*Pos* que he *echao* una llueca, y *toas* las lluecas que echo no me saca ninguna pollos.

Digo:

—Pues hermana, mi madre *toas* las que echa sacan *tos* pollos: *tos*, *tos* los huevos.

—¿Y cómo las echa, hijo mío? ¿Lo sabes tú?

—Yo sí.

—Pues vamos a echar una cada uno.

Echamos una llueca; eché yo una con veinte huevos, el molinero una con veintiuno y la molinera una con veintidós, *toas* a la misma vez. Llega la hora de sacar las lluecas y la molinera le saca un pollo *na* más, y salió tuerto; y el molinero otro: de los veintidós huevos, sacó otro y salió cojo; y yo, de veinte huevos salieron veintiún pollos. La mujer estaba loca de contenta; decía:

—Pero, ¿cómo puede ser esto?

Pues ya iba yo con los pollos por allí, por aquella cuerda, los pavos... Y yo, ¡un *cuidao* con los pollos...! Y al más chiquitillo le sale una cosa encima la cabeza. Como hay tantos pinos ahí, yo digo:

—Alguna simiente de pino.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Empieza a crecer un pino, crecer, crecer, crecer, crecer; pues venga a crecer el pino *p'* arriba, *p'* arriba. Y le digo a la hermana María:

—Hermana María, yo me voy a ver a mi tío Dimas —que tenía yo un tío en el cielo de zapatero—; voy a ver a mi tío Dimas, que está en el cielo de zapatero.

—Pero muchacho, ¿estás loco?

—Nada, que me voy.

Pos un día que se descuidó la hermana María, pilló el pino arriba... Al cielo. Tenía yo una fajilla *colorá* que me había hecho mi madre de retales, de cachos, ¡más contento yo con mi fajilla...! Y antes de llegar al cielo, me da un olor de melones...

—Algún melonar hay por aquí.

Tropiezo en mi melonar, y había allí un abuelete con su chozo, sus melones... Digo:

—¡Hermano! —Paré allí— ¿quiere usted que me coma un melón?

—¡Sí, hombre, los que quieras!

Y ya que me como el melón, digo:

—¿Quiere usted que le lleve a mi tío dos o tres melones?

—¿Ande los vas a llevar?

—Entre la faja.

Pos me meto cuatro melones entre la faja, de agua, que pesaban ocho arrobas cada uno. Conque salgo pino arriba, al cielo, ande estaba mi tío; y, antes de llegar al cielo, se quiebra el pino, ¡*me cá!* Y voy a caer a un risco que le dicen el Charco del Resquicio: ¡unas risqueras *mu* grandes! Y caí encima de aquello; y me se mete la cabeza en el risco. Y tirar, y tirar, y tirar. Y nada, que no podía sacar la cabeza de ninguna de las maneras. Y estaba *mu* cerca de Terrinches. Digo:

—Pues como no puedo sacar la cabeza, yo voy a Terrinches a por una almaina *pa* sacar la cabeza.

Cogí paso, fui a Terrinches y me traje una almaina; y después, a almainazos, pude sacar la cabeza.

Victoriano Arcos Ortega, “jubilado (antiguo peón caminero)”, tenía 66 años cuando fue entrevistado por Julio Camarena en 1980. A él se debe esta espléndida versión de un cuento del tipo misceláneo ATU 2200 (*Catch Tales, Cuentos de pega*), que hace al principio una convincente exhibición de realismo, deriva después gradualmente hacia el disparate, y remata con la pura chanza:

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

El beso al burro

Resulta *de que* tenía mi padre un borrico negro, muy bueno. Valía muchos dineros. Pero mi padre ya le había cogido miedo: le tumbaba por ahí. Y le dice un hombre que había aquí... Reto le decían...

—Este burro le tienes tú que vender: este burro te mata a ti.

—¡A ver! Y yo, ¿ánde voy a ir?

—Este burro, en Talavera, en la feria de Talavera, te le pagan a ti bien.

—¡A ver! Y yo, tan viejo ya... como no mande al muchacho para allá...

Yo no quería ir, ni *pa* Dios, *p'* allí: ¡como decían que iban tantos gitanos...!

—Me van a quitar *toavía* el burro...

Pero, en fin, ya tanto se empeñó que, ¡hala!, a la feria de Talavera con mi burro. Y, claro, el tío Reto me dijo a mí:

—Este burro puede valer... —¡en aquellos tiempos, que estaba yo mozo entonces! Dice— este burro puede valer dos mil quinientas —diez mil reales: dos mil quinientas.

Bueno, pues nada; me monto en mi burro, pan, pan, *p'* ahí, por Horcajo, *p'* allá. ¡Y por la noche no entraba yo en el pueblo, por si acaso me quitaban el borrico! Dormía *p'* ahí, al raso. Total: llego a Talavera. Y todos, en cuanto llegaban, todos los marchanes, en seguida:

—¿Vende *usté* este burro?

—Sí.

—¿Cuánto quiere *usté* por él?

—Diez mil reales: dos mil quinientas pesetas.

Valía caro. Y nada: se terminó la feria y que no lo vendí, el borrico. Total: que ya salgo *p'* acá, con mi borrico otra vez, y allí, más allá de Anchuras, me quedé a dormir; en un rasete, allí, ¡hala!

Ya, por la mañana temprano, vengo otra vez con mi borrico, cuando, por la carretera, siento:

—¡Gueeee! ¡Gaaa! ¡Ga! —llorar un niño pequeñillo.

—¡Cago en diez! ¡So, so!

Paro el borrico, le ato allí a una mata, me aparto, y resulta que hay allí una moza recién *dá* a luz. Así que me ve, empieza:

—¡Ay, por Dios! *Usté* va a ser mi salvación. *Usté* va a ser mi salvación, del apuro que me encuentro.

—Pues a *usté*, ¿cómo es que le ha *pasao* esto?

—Pues mire *usté*; yo es que estaba sirviendo en Toledo, y el sinvergüenza del novio pues me ha... hecho esto; y los amos no sabían *na*; y en mi casa, tampoco saben *na* mi padre y mi madre. —Dice— pero mi padre vive ahí, más allá, en una finca, en una aldea muy cerquita de la carretera...

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

—Total que— écheme *usté* una mano.

En fin, la apañé allí como pude. Ya digo:

—Bueno, yo ya me voy.

—¡Ay, por Dios! ¿Cómo me va *usté* a dejar aquí, en este apuro que estoy? Lléveme *usté* siquiera en *ca* mis padres.

Pues nada; me monto en el burro, la subo a ella, coge el crío y, ¡hala! arreamos la carretera *alante*. Ya llegamos a la finca...

—Esta finca es donde viven mis padres.

Estaba muy cerquita de la carretera. En cuanto nos apartamos, venían el padre y dos hermanos que tenía, mozos. Y se quedan mirando...

—¡Coño!

Total: que se quedan *paraos*. Ya llegamos allí. Y al llegar allí, pues ya...

—¡Anda, si es la Fulana!

—¡Si es Fulana!

Se desarropa y, así que ven el crío, dicen:

—¡Pero, hombre! ¿Y esto? Fulana, ¿y esto?

—Ya ve; esto... fijese *usté*... pues que me he *casao*, y este es mi marido.

“Ahora sí que me la ha *liao*”.

—Pues nada, ¡hala!, bájese *usté* del burro. ¡Hala! —dice a los muchachos— ¡Hala! Coge el burro y mételo ahí, en la cuadra, y échale bien de comer.

Total que, ¡hala!, a la casa. Yo, *to* el día echando paseos a la cuadra, a ver si me podía escapar con el burro echando leches *p'* acá. Pero, ¡qué leches!, en cuanto iba yo, iban los muchachos. Nada, que no me podía escapar. Se embocó la noche y yo allí, sin *podeme* escapar. Ya llega por la noche. Dice:

—¡Venga! ¡Hala! Vamos a *acostanos*.

¡Querían que me acostara con ella! Pero digo:

—¡Qué va! Yo, es mejor que esta noche... porque ella, con el día que ha *pasao*... y la noche... *Na, na*, yo, aquí mismo.

Bueno, pues ya pude conseguir *de que* me hicieran la cama allí, en la cocina. Y...

—Esta noche, cuando esté *to* el mundo *acostao*, me las piro: cojo mi borrico y me largo.

Pero leche, que voy a la puerta y que están allá *acechaos*.

—¡*Cagüen*...! ¿Por dónde me podía yo escapar?

Total, que ya lo pensé: por la chimenea.

Pongo allí dos o tres sillas, una mesa y un tajo, me alargo por la chimenea, ¡me *cagüen*...!

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Me tiro por el *tejao*... Me tiro por el *tejao*, salgo arreando por la carretera *alante*... ¡*Tanteao* salí yo p' acá! ¡Allí me iba yo a esperar!

(Alguien pregunta: ¿Y el burro?)

—Allí quedaste tú, dándole besos en el culo.

Permítaseme introducir en este punto, entre los cuentos que fueron registrados por Julio Camarena en la provincia de Ciudad Real, un interesantísimo paralelo del anterior que fue registrado por José Luis Agúndez en el pueblo de Villalán (Valladolid), de la voz, según acotación del autor, de “Carmen y Julián, narradores de Villalán, [quienes] resultan muy especiales. Las narraciones las cuentan como sucesos acaecidos a uno mismo o a algún conocido. Tanto ella como él recuerdan los cuentos narrados por el abuelo de este último; de ahí que las narraciones fuesen efectuadas interrumpiéndose y ayudándose: ambos poseen el mismo acervo”.

Invitados desagradecidos

Diría el señor Santos:

—¡Coño! No me acuerdo... No...

—¡Coño! ¿No te acuerdas del burro aquél, un burro grande que era, coño, con las orejas....

—Ahora parece que sí hago memoria yo

Dice:

—Pero, bueno, coño, pues fuimos a Benavente, y cuando veníamos de Benavente, ya sabes que entonces no había carreteras ni había nada, nos perdimos. Dice mi abuelo: "Tú, hijo, ojo al burro (ojo al burro, porque era la salvación nuestra el burro). Si pierdes el burro acabamos la carrera".

Conque allá se vio una *lu* (entonces era una vela o candil, no sé lo que sería). Derechos a la *lu*, ¡pum!, venga, venga seguir. Llegamos allá... ¡Lo que digo!, una casa. Que había... ¡pues gente de mal vivir!: ladrones, demonios de esos. Y estaban cenando, ¡ya ves!, a buenos cachos, ¡y venga' cenar! Y vimos que eran chiquitos partidos: los pies, las piernas, las cosas. Cabeza se ve que no había porque a mí lo que más me gusta es la cabeza, pues se ve que no había. Y ya, ¡venga a cenar, a cenar! Pero dice mi abuelo: “Tíralo, hijo, abajo”. Íbamos haciendo así, ¡na!, debajo.... ¡A la cama! Entonces, ¡al saco!

Cuando estaban dormidos todos, dice mi abuelo: “Venga, levántate, coge al burro, hijo, ojo al burro”. Cogimos el burro y marchamos. Cogimos el camino y ya llegamos, pues no sé si sería un pueblo o sería un caserío entonces.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Y había un bocarón como aquello que se ve allí, que es una ventana grande. Dice: “Métete por ahí. Tú, deja el burro, pero métete ahí”. ¡Zas! Nos metimos mi abuelo y yo por el chisme, po'l bocarón. Y se acabó, no hubo....

Tú tienes que decir lo que sigue.

[Se espera que el auditorio pregunte por el burro]

—¿El burro, dices tú? Álzale el rabo y bésale el culo, coño.¹

Para terminar nuestro asombroso y asombrado itinerario tras los cuentos que registró Julio Camarena en Ciudad Real en torno a 1980-1990, reproduciré este cuento de mentiras que registró a Justa Navas Fernández, quien tenía 62 años en 1981 y era panadera en Horcajo de los Montes. Avatar suntuosísimo del tipo ATU 1930 (*Schlaraffenland, El País de Jauja*):

Ahora que vamos despacio,
vamos a contar mentiras:
por el mar corren las liebres,
por el cerro las anguilas,
por los rastrojos, los peces
los cogen con angarillas.

Yo cogí un angarillado
que pesó cinco mil libras.
¿Dónde le iré a vender?;
a la plaza de Sevilla.
Me le pagaron muy bien.
Todos esto son mentiras.

Me subí en una alta torre,
vi un molino que no corre,
un arroyo que no anda,
que le falta la zapata.
Yo vi de pelear dos ratas

¹ José Luis Agúndez, *Cuentos populares vallisoletanos (en la tradición oral y en la literatura)*, Valladolid, Castilla, 57.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

que pelean más que un turco.

Yo vi de sacar, de un surco,
trigo para toda España.

Yo vi de tejer a una araña
pañó para unos soldados.

Yo vi de hacer un arado
de corteza de pepino.

Yendo yo por mi camino,
muerto de hambre y merendando,
me encontré un don guindo
muy cargado de avellanas.

Me enredé a tirarle piedras
y, al ruido de las nueces,
acudió el tío de los castaños
y me dijo: —Tal y cual,
¿por qué ha cogido usted uvas
siendo mío el melonar?

Me tiró un canto a un tobillo,
me hizo sangre en un colmillo.

Fui a la venta a curar.
El ventero está de parto,
la ventera estaba a arar;
los platos andan barriendo,
las escobas en el vasar;
las ovejas van a misa,
las mozas al cantorral;
¡quién fuera pastorcito
para irlas a guardar!

Narrar desde una ventana abierta en la piel del cuento

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Los puntos de vista y de posición que es capaz de asumir el narrador de ciertos cuentos orales, no se limitan solo a la asunción de los papeles protagonistas. En ocasiones el narrador es capaz de situarse en un discreto segundo plano, emboscado en una simple acotación del encabezamiento o del desenlace del cuento, o bien de manifestarse traviesamente en los intersticios de algún episodio interior, cuando menos es esperado.

Esa parece haber sido la especialidad de Andrés González Corbalán, un narrador del pueblo de Zarzadilla, pedanía de Totana (Murcia), de cuyos labios pudo registrar el folclorista Anselmo Sánchez Ferra un ramillete de cuentos notables por el modo en que se hacía presente dentro de la narración.

Los dos relatos que vamos ahora a conocer sitúan al narrador como espectador presencial y al mismo tiempo como cronista de dos sucesos chistosos que tuvieron lugar, según afirma, cierto día en que su esposa y él, junto con un matrimonio amigo, fueron de compras al cercano pueblo de Lorca. De aquel suceso nacieron estos cuentos insertos, sin duda, dentro de la muy vieja y extendida tradición de los relatos de rústicos o de paletos que al regreso a su pueblo narraban como reales y verídicos sucesos más o menos deformados, a veces disparatados, que decían haber presenciado en la ciudad. El primero de los cuentos coloca al narrador como testigo de vista y de oído, aunque solo en el inicio:

Los rústicos en la tienda

Pos eso fue una vez que estábamos en Lorca, en una tienda que le decían la tienda de Los Gordos, no había más que esa tienda grande, que ahora hay muchas, y llegó un matrimonio con un hijo y una hija, y el hijo era un hombre *arto*, a comprarse una gabardina, que era cuando comenzaron las gabardinas. Y se pone la gabardina, dice el padre:

—Nene, esa te está bien.

Y salta la madre, dice:

—Sí, pero le falta el *atarre*.

Y decía la hija, dice:

—¡Madre, cómo el *atarre*, cállese *usté*! ¡Si es la cincha!

En el segundo de los cuentos el narrador se manifiesta en el inicio y en el desenlace del relato:

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

El buen uso del supositorio

Eso fue en el mismo día. Fuimos a la farmacia en Lorca, al *lao* del puente, y estábamos los dos matrimonios *tamién*, yo con mi mujer y otro matrimonio que siempre íbamos juntos cuando íbamos a Lorca, y llega una mujer del campo con una burra, la mete en la *posá* y dice.

—Felipa.

La dependienta de la farmacia.

—¿Qué?

—¡Que le *distes* a mi *marío* eso y no se lo puede comer!

—¿*Cualo*?

—Eso que le *mandastes*. Se lo echo en el pan y se lo queda *to* en los dientes.

—¡María santísima, si eso es un supositorio!

—Sí, pero se le queda *to* en los dientes y no se lo puede comer.

—¡Si eso es por el trasero!

—¡Madre mía! ¿Tú crees que eso se va a asar en el brasero? Si eso se derrite antes.

—¡Si es por el culo!

—¿Cómo va a ser por el culo si le duele la cabeza?

Y ya yo me dio por reír y me echaron a la calle, y me *sargo* y dice la Felipa:

—¡Mira Andrés, traspón de aquí y aquí no te arrimes a nosotros!

Entre los cuentos registrados por Anselmo Sánchez Ferra a Andrés González Corbalán, queda un tercero por analizar. Uno en el que el narrador se sitúa en un intersticio realmente insólito, el del momento en que el marido cómplice de la esposa se dispone a sorprender al clérigo lujurioso. Es en ese instante álgido cuando el narrador, que nunca había revelado su presencia en la trama del cuento, y que no la reiterará después, hace una acotación inesperada (“y yo digo: —¡Madre mía, que llega, que llega —porque yo estaba en la otra habitación, digo— que va a llegar!”) que le introduce en el corazón del relato, como testigo “de oídas” de lo que estaba pasando:

¡Adios, *Chumín*!

Eso era una vez que había un labrador en un pueblecillo y tenía una almazara *pa* moler oliva, y *tos* los días se iba a moler con una yegua la oliva (era de rulo, llevaba dos rulos). Y estaba *cuasi* recién casado, la mujer tenía veinticinco o veintiséis años, que estaba en *toa* la flor de su vida —quién hubiera *sío* joven—, y cada vez que pasaba el cura por allí, su *marío* estaba moliendo oliva en

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

la almazara, pasaba el cura y decía:

—¡Adiós *chumín*!

Y decía la muchacha:

—(¿Y esto de “adiós *chumín*”?) —Y ella decía: —Buenos días.

Pasaba a otro día:

—¡Adiós *chumín*!

Y, pues nada, *entoces* ya se lo contó a su marido, dice:

—Pues si está el cura *tos* los días, *toas* las mañanas, diciendo “adiós *chumín*” y “adiós *chumín*”. ¿Eso qué quiere decir?

—Cuando te diga otra vez “adiós *chumín*”, como yo estoy moliendo la oliva, dices: “Señor cura, sí”, a ver lo que te contesta.

La cuestión que ya se pasa poco tiempo, pasa otra vez y dice:

—¡Adiós *chumín*!

—¡Señor cura, sí!”

—¿Cuándo?

—Cuando mi marido se vaya a moler oliva y mañana, a las diez y media, *qu’es* cuando está almorzando allí en la almazara, viene *osté*.

Y viene, *pos na*, lo que pasa, se meten allí a la casa y dice:

—Bueno, madre mía, te tienes que desnudar, te voy a confesar.

—¿Desnuda del *to*?

—No, de medio arriba tú te desnudas, te dejas *na* más que lo de abajo.

Cagon diez, yo estaba *escondío* allí al *lao*, y cuando *vide* el cuerpo digo: “Cago en diez, si yo fuera cura *tamién*.” *Pos na*, y *entoces* el tío ya se puso bien y se meten a *l’abitación* y viene el tío, ya estaba *endemoniao*, dice:

—Entre dos margaritas preciosas,

pasan por el *picordel*

y llevan al *berrugante*

a meterlo al *jesuaren*.

Que era lo que tiene la mujer, el cura le puso ese nombre. Y *entoces* ya, como estaba en contacto con su *marío* (y yo digo: —¡Madre mía, que llega, que llega —porque yo estaba en la otra habitación, digo— que va a llegar!), llega el *marío* y lo coge en la cama, dice:

—¿Qué hacemos?

—*Pos qu’estaba* confesando a su mujer.

—¿En cueros, mi mujer en cueros confesándola?

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

—No, porque ella ha dicho que se iba a denudar y *s'á cambiao* de ropa y eso.

Y *entoces* lo cogió, dice

—Venga.

Lo coge así del cuello y de un brazo y *entoces* quitó la yegua que estaba moliendo oliva y lo enganchó a él en el rulo y lo tuvo *toa* la noche moliendo, y él de vez en cuando con el látigo decía:

—¡Señor cura, tira!

Y venga, con el látigo dándole. Y *entoces*, a otra mañana ya lo suelta, ya cuando era de día, y pasa por allí, por la puerta de la muchacha, dice la muchacha

—¡Adiós *chumín*!

Y dice el cura:

—¡Adiós *chumierda*, si tu *marío* quiere moler oliva que compre una yegua!

Otro cuento notabilísimo desde el punto de vista de la posición que adopta el narrador es este que fue relatado por el anciano Juan Ramírez Álvarez al folclorista José Luis Agúndez, en el pueblo de Arahál (Sevilla), en 1993. Asombroso porque da como real y verídica una fábula que está hecha de la materia del cuento tradicional, y por las imaginativas garantías que, a modo de avales, aporta. Al principio afirma el narrador acerca del joven y valiente carbonero protagonista: “ese hombre lo conocí yo de basurero. En los años treinta y seis, treinta y siete o treinta y ocho, estuvo de basurero en Olvera. Y entonces mi padre me contó lo que había hecho en una ocasión. Dice que...”. En mitad del cuento añade el narrador alguna seña más: “y el muchacho tenía dieciocho (según me decía mi padre a mí, dice: No tenía..., veinte años no tenía; dieciocho, diecinueve años)”. Indirecta pero singular y fascinante intromisión del narrador dentro de la materia cuentística:

Endeble pero matón

Esto que os voy a contar sucedió hará cien años, más o menos.

Esto fue en Roza de Morón. Entre Morón y Olvera, hay unos terrenos que son de sierra; hay encinas y arbustos de los que los carboneros hacían carbón.

Y había un padre y un hijo. Al hijo le decían —era muy endeblillo, pero ¡muy hombre!, o sea, un hombre bragado—, se llamaba Miguelillo, "El Basto". Ese hombre lo conocí yo de basurero. En los años treinta y seis, treinta y siete o treinta y ocho, estuvo de basurero en Olvera. Y entonces mi padre me contó lo que había hecho en una ocasión.

Dice que estaba en un cortijo, que habían comprado las leñas para hacer carbón el padre y

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

él. Y allí se acostumbra, cuando ya tienen el carbón hecho, van los arrieros por el camino con los borricos, una reata de borricos, cada uno llevaba cuatro o seis borricos. Y compran el carbón, y... lo meten en ceras, lo pesan, le descuentan el quinteto que le llaman, que de cada cinco arrobas, una no paga, y el resto de las arrobas de carbón, lo pagan y, después de pagado, lo cargan y se lo llevan. Pero los arrieros, como vieron que eran un viejo y un muchacho, dijeron.

—A esta gente, los vamos a engañar nosotros. Nos vamos a llevar el carbón y no se lo vamos a pagar.

Estuvieron pesando el carbón y... pesaron todas las ceras que había. Lo menos llevaba cada uno cinco borricos. Eran diez borricos, eran veinte ceras. Las ceras son unas espuestas grandes que llevan una ballesta por alrededor de sogas, y le llenan de carbón; le ponen unas ramas de retamas y lo amarran con unas cuerdas, que les llaman bombeles. Le amarran de un lado a otro, lo van cruzando. Es así, como un red, y para que el carbón no se salga, pues lo que le echan, mucho colmo al carbón, a la cera de carbón; una cera de carbón de esas pesa por lo menos cinco o seis arrobas; la carga de un borrico son de diez a doce arrobas. Total, que pesan el carbón, ajustan la cuenta y...

—Tanto importa —entonces valía una arroba de carbón dos pesetas, o seis reales, o quizá menos.

Y dice:

—Bueno, vamos a cargar y luego —dicen los arrieros, dicen— vamos a cargar y luego se paga.

Y el viejo se quedó conforme, pero el muchacho... no las tenía todas consigo. Y dice:

—No, primero hay que pagar, y luego se cargan los borricos —porque la cuenta de ellos era cargar el carbón, pegarles a los borricos un palo, al liviano, y salir con los borricos y no pagar, claro ¡qué iban a hacer los pobrecillos! Y dice el muchacho—. ¡Primero hay que pagar el carbón!

El viejo estaba cohibido el pobre. Y el muchacho tenía dieciocho (según me decía mi padre a mí, dice: "No tenía..., veinte años no tenía; dieciocho, diecinueve años"), y además era ¡canijo!, muy endeblillo. Ahora, ¡muy bruto!; noble, pero bruto. Y dice el muchacho:

—Primero hay que pagar y luego cargar el carbón, y si no se paga, no se carga el carbón.

Y dice que le dijo un arriero a otro:

—Agarra ahí, hombre, que el niño este nos da el día. Agarra ahí ¡Vamos a cargar!

Y el muchacho sacó una navaja de esas, albaceteña, así de grande, que tenía, y se lió a cortar bombeles y poner ceras boca abajo..., claro, con la navaja que tenía, ninguno se determinaba a llegar a él. A cortar bombeles. Las ceras las ponía todas boca abajo.

Y cuando ya terminó con la última cera —eran veinte ceras— dice:

—Venga, *vacía* la carga; la cera vacía, y *se vais*.

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Tuvieron los arrieros que cargar la cera vacía, y marcharse.

¡Para que tú veas el chiquillo... tan chiquitillo como era!

Puede que lo más notable sea que José Luis Agúndez, el sabio colector y editor de este cuento, lo comparó con un paralelo suyo indudable que fue anotado por la escritora y folclorista Fernán Caballero en la Andalucía de mediados del XIX, lo que hace imposible que el relato del gran narrador Juan Ramírez Álvarez, de Arahal, fuera testimonio, por más garantías que él quisiera dar, de un suceso real:

—No fueron Vds., la gente de tropa, los solos en ser *afusilados* por aquellos franceses de Napoleón; dijo otro viejo pequeño y de cara bondosa, al concluir el veterano la relación de una de las mil catástrofes que herían sin desanimar al heroísmo que sostuvo aquella gloriosa guerra; que no faltó un tris a que lo fuésemos yo y mi *compae* Juan. Si no hubiese sido por las Señoras de S... que vivían y aún viven en aquella casa (y el narrador señaló una de las cinco casas que forman un costado de la gran plazuela en que desemboca el puente) de esa familia que de padres a hijos ha sido siempre tan buena para los pobres como el agua para el trigo: como iba diciendo, si no hubiese sido por sus mercedes, no me hallaría yo a estas horas platicando con los vivos.

—Y ¿cómo fue eso, tío Cayetano? — preguntó un mozo cojo, que era de Conil.

—Han de saber Vds., contestó el interrogado, que por aquel entonces teníamos yo y mi compadre unas bestiecillas y nos ejercitábamos en hacer carbón, y venderlo a los franceses. Los asistentes de un *Comendante* que estaba alojado en aquella casa, nos quisieron mercar dos cargas. Nos metimos en trato y nos ajustamos; pero al recibir las cargas, se *empestillaron* en que no tenían las seis arrobas cabales; se *rufianaron*, y no quisieron pagar lo ajustado. Pensaban ellos que acá teníamos las muelas de corcho, pero se engañaron, porque nosotros no nos amilanamos, sino que les dijimos: “mau, mau, caballeros, acá seremos tontos hasta donde nos hizo Dios, pero no hasta donde nos quieren hacer los hombres”. Nosotros que sí, ellos que no; ellos sin entender el español que hasta los burros entienden, y nosotros sin comprender su jergonza que el diablo que la entienda, les dije yo que para acabar presto, iría en un brinco por la romana. ¡Caballeros! No bien lo hube dicho cuando se echan sobre mí aquellos sayones gritando como grajos; uno me sacude, otro me empuja, otro me zamarrea: mi compadre que veía aquesa barbaridad, les dijo: “señores, ¿en qué les ha ofendido mi compadre? Su *mercé* no ha hablado malamente; no ha dicho mas sino que para convencerlos y traerlos á la razón, iba por la romana”. Apenas lo hubo dicho, cuando me sueltan á mí y la emprenden con él que daba compasión, pues cada trancazo que le descargaban, valía un duro. A la gritería que se armó,

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

se junta gente, acude la guardia, y sale el *Comendante* al que le cuentan en su algarabía lo que pasa. Vamos, pensamos nosotros, este gobierno le meterá el resuello para dentro al *ipotismo* de esos leones; pero, señores, se nos heló la sangre en las venas, cuando vimos que aquel Fierabrás echa mano á la espada y se viene sobre nosotros con los ojos que se le salían del casco, y las narices más hinchadas que las tiene el mar cuando le duele la barriga. ¡Dios nos la depare buena! Le dije a mi compadre: “ya nos podemos poner bien con su Divina Majestad, que el fin de fiesta no seremos nosotros los que lo contemos. Nos quieren quitar la vida para no pagar el carbón, me respondió mi compadre; pero podían hacerlo sin tanto *intrépitu* y sin antes romperle a uno los huesos del cuerpo. En aquel conflicto cate V. que se presentan las señoras de la casa, que parecían ángeles, para saber por qué se había armado aquel Tiberio. “Señoritas”, les grité, “nos llaman briganes, y nos quieren matar, porque aferrándose en que el peso del carbón no está cabal, les hemos dicho que iríamos a traer la romana”. “A la cárcel”, gritó el *Comendante*, que por lo visto lo que no quería era que se pesase el carbón.

Pero fue el caso, que aquellas señoras se desternillaban de risa, y que habiéndole hablado en su parla, el *Comendante* se echó a reír también, y mandó que se nos pagase, y que se nos dejase ir, lo que hicimos nosotros, y por los aires, y sin volver la cara atrás.

—Tío Cayetano —dijo el cojo de Conil—, y ¿por qué se pusieron tan embravecidos aquellos franceses?

—¡Toma! Porque siempre estaban de aquesa manera.

—Fue —dijo en voz hueca y tono de superioridad el veterano, porque si V. y su compadre al mentar a la romana aludían supeso, ellos creyeron que les amenazaban con el general la Romana, que era un caudillo de los más sonados, y con razón, porque la hazaña que él hizo, desde el Cid acá no se ha visto otra.

El suceso (o el cuento) del cerebro de Tomás, contado por Tomás

Antes de cerrar nuestro raro y curioso muestrario de cuentos orales transmitidos en primera persona por un narrador que se las arregla para deslizarse dentro de la trama como personaje, vamos a dar una vuelta de tuerca más y a presentar un cuento-noticia, o una noticia-cuento (valga la paradoja), en que la identificación de narrador-personaje se abre a un factor más, absolutamente insólito, porque deriva nada menos que en identificación de autor-narrador-personaje.

El relato fue registrado por el experto folclorista Agustín Clemente Pliego en el pueblo de Castellar de Santiago (Ciudad Real), y el narrador fue su suegro Tomás Abarca

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Sánchez, quien tenía 74 años en 2009. Tomás Abarca es otro narrador muy cualificado, especialista en contar, de forma habilísima, sucesos que le han pasado a él, o que él dice que le han pasado a él. Así, junto con el cuento de *Tomás y el “petit suis”*, que voy a reproducir enseguida, ha sido el autor-narrador-personaje de *Tomás y los primeros semáforos de Valdepeñas*, *Tomás y el stop*, *Tomás y la colilla de la abonadora*, *Tomás y las lentejas*, *Tomás de cabo*, *Tomás buscando bodega en Valdepeñas* y *Tomás en Ceuta visitando a un recluta*.

Tomás y el “petit suis”, el único de sus relatos que tenemos espacio para reproducir aquí, es una narración desconcertante porque es presentada por su autor-narrador-personaje como un discurso autobiográfico que refleja un suceso cómico que le aconteció a él mismo. Sin embargo, es también una versión del motivo folclórico K473, que informa el tipo cuentístico ATU 3 (*Sham blood and brains*, *Falsos sangre y sesos*). Aunque lo que más nos interesa a nosotros ahora es resaltar que se trata de un paralelo insólito del famoso episodio del *Quijote* II:17 en que el hidalgo protagonista se llevaba un gran susto al ponerse su celada, en la que se habían quedado accidentalmente metidos unos requesones: “como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó a correr el suero por todo el rostro y barbas de don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo a Sancho —¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza?”.

Tomás y el “petit suis”

Amos a empezar por el *petisuí*. Éramos aquí un amiguete que tenía yo, que era primo..., era pariente. Estaba de guarda ahí en una finca, y estábamos de cachondeo casi siempre. Y viene por aquí una mañana, que venía el hombre de comprar, que había *comprao* un... un Citroën *d'* esos, que le había *costao* ochenta mil pesetas, le había *costao*, nuevo flamante. Él no tenía carné, yo, sí. Claro, un cachondeo aquí *to* la mañana, y nos vamos p' allá. Y... entonces había emisoras, *na* más que alcanzaban cuatro o cinco kilómetros. Llama a la mujer, dice:

—Prepara *comía* que vamos.

La mujer, entonces allí en los cortijos aquel, claro, hizo una salsa de cangrejos y unos conejos fritos, hizo la mujer. Pero salimos la carretera la Aldea *alante*. Íbamos bien *colocaos*. Y le digo:

—Tira *pa* la Aldea[quemada].

Y al llegar a una *regüelta* que hay allí, que es la *regüelta* de Manuel Parrilla, se le va el coche, se le va el coche..., digo:

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

—¡Muchacho, *ánde* vamos —digo—, *ónde* vamos?

Total, que *trompezamos* allí. Atrás que venía el gato del coche y *to*. Al golpe que no volcamos, *na* más que hizo así. Rompió la tela, salió el... el gato, los panes que había, que llevaba el hombre del cortijo, *salion rulando to* la carretera *alante*; los *yogur*, los *petusines*, allí salió *to*, tirando. Y... y total, que se ve que me da algún *pitúsín* en la cabeza, no es que se ve, ¡que me pegó...! Y me se caía así la... *colorao*. Y él *s'* echa a llorar y me empieza a decir:

—¡Ay, primo, *t'* he *matao*!

—Que no, hombre, que no...

Dice:

—Que sí, hombre, que *t'* he *matao* —dice—. Ya verás qué pronto te vas a morir.

—¡Joder, *¿morime*?

Dice:

—Si es que te *s'* están saliendo los sesos...

—¿Cómo se me van a salir los sesos?

Dice:

—Mira....

M' he echo mano así..., digo que fue *verdá*. Total, que él se fue allí llorando y... y claro, como no llevaba carné, le temí. Digo:

—Al *contao* va a venir Tráfico y nos la va a liar.

Conque llegamos allí, y ya él allí llorando y digo:

—Oye —digo—, *veste* a mi casa y tráete unas cadenas.

Era el juez de la Aldea, y digo:

—Y chitón, *¿eh?*, chitón.

Conque se trajo las cadenas, enganchamos el coche, lo sacamos y lo llevamos allí al garaje. Dice el del garaje que no pudo *hacele na*, pero el *resultao* que... nos lo llevamos por la noche a Valdepe[ñas]... —cosas que no se puen hacer: llevar un coche *arremolcao*—, lo llevamos a Valdepe[ñas]..., tiramos por ahí *toa* la noche, ¡menuda la pena que llevábamos! Y dice él *qu'* él no podía arreglar[lo]:

—¿Qué *resultao* hay con esto?

—Pues mira, es una tontería...

Conque dijo:

—Pues nada, lo que hacéis es comprar otro coche nuevo y se acabó el cuento. Tú pagas la *mitá* y yo pago la otra *mitá*. Y aquí en paz y en gloria.

Y así salió, y ya cuando se pasó el tiempo, él vio que no me había *matao*, que era lo del

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

petisú lo que me se caía.

Y esas eran las... las cosas que hacíamos antes.

Tomás Abarca, quien ignoraba que un accidente parecido al que él sufrió se había cebado con el don Quijote cervantino, afirma y confirma que es suceso que sufrió él en sus propias carnes. Y da, todo hay que decirlo, detalles más concretos y desde luego que más dramáticos y más convincentes que los de Cervantes. ¿La realidad puede parecerse tanto a la ficción, o la ficción tanto a la realidad? ¿Dónde se hallan sus fronteras, si es que las hay?

Cerramos aquí ya este trabajo, con la inquietante constatación de que puede que toda nuestra preclara crítica textual y toda nuestra muy venerable y académica teoría literaria (por más sonoros que sean los títulos de homodiégesis, heterodiégesis, autoficción, con que los ennoblecemos) no sean suficientes para desentrañar ni para interpretar cabalmente los sorprendentes entresijos poéticos (con sus insólitos juegos de voces) del relato campesino que acabamos de conocer, y de los demás que han ido desfilando ante nuestros ojos.

Eso es algo que, según advertimos al principio, no puede extrañar: son sin duda mayoría los filólogos que creen que la experimentación narrativa es coto privado de los más escogidos autores letrados, y que la literatura oral no es más que un atavismo rudimentario, marginal y previsible (y prescindible), reacio a cualquier voluntad o capacidad de innovación o de experimentación. Pero se equivocan, por supuesto, quienes piensan así, y todo el afilado instrumental crítico que han estado construyendo a lo largo de los siglos es posible que esté destinado a darse de bruces y a no entender la compleja, tornasolada e inaprensible poética de la literatura oral. Matriz de toda la literatura escrita que vino después, y seno en el que han creado y crean artistas (arquitectos grandiosos a veces, otras veces orfebres minuciosos) de la palabra oral, como los que nos han ido narrando los cuentos transcritos en estas páginas, que muy poco tienen que envidiar (también en el terreno de la innovación y de la experimentación) a los escritores más insignes. No pocos autores célebres y canónicos se han declarado, de hecho, rendidos admiradores de muchas manifestaciones del *ars narrandi* oral y de algunos de sus (tantas veces iletrados y anónimos) artífices.

Señalé en la introducción a este artículo que unos pocos estudiosos (Julio Caro Baroja, Maxime Chevalier, Julio Camarena) se habían empeñado en el pasado, muy a contracorriente, en mirar la novela picaresca española desde la atalaya del folclore. Don Julio

Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad

Caro Baroja fue el maestro e impulsor de trabajos de equipo acerca del trasfondo etnográfico de esa literatura: sus frutos fueron publicados en un volumen que anunciaba continuaciones que, por desgracia, nunca llegaron; Maxime Chevalier dispersó por muchos de sus libros y artículos identificaciones y glosas muy agudos de episodios picarescos ahormados sobre cuentecillos que debían andar circulando en la *vox populi* de entonces; a Julio Camarena se debe un artículo muy importante sobre “el cuento de tradición oral y la novela picaresca”. En un territorio aledaño, el clarividente Francisco Márquez Villanueva fue el primero que teorizó sobre el personaje de Don Juan defendiendo la obviedad (que nadie antes había advertido) de que se trata de un *trickster*, lo que obliga a buscar sus orígenes y su diseño como personaje en la penumbra inmemorial del mito y del cuento de tradición oral.

Los cuentos populares que hemos ido conociendo en este trabajo, y el análisis que hemos tentativamente pergeñado, han sido reunidos con la vocación de que sean un primer desbroce y una incitación a seguir explorando la poética de la novela picaresca desde la atalaya, muy poco frecuentada, de la literatura oral. Prueban, de hecho, que rasgos tan definitorios como son la voz homodiegética del pícaro que sufre, en episodios enhebrados uno detrás de otro, pruebas iniciáticas de sesgo cómico, o maravilloso, o ingenioso, son herencia o parentela presumibles de relatos orales protagonizados por *tricksters* que, de manera no muy diferente, se ríen, viajan y ejercitan sus magias o sus mañas en los dominios del folclore.

Con el tiempo es de esperar, o de desear, que vayamos localizando (o más bien exhumando, porque su tradición oral viva se halla prácticamente extinguida en España), más cuentos tradicionales en primera persona que nos sigan iluminando al respecto. Los que hasta ahora hemos allegado nos han permitido asomarnos y asombrarnos del arte oral sofisticadísimo de algunos depositarios sensacionales de nuestro patrimonio oral, y también descubrir una dimensión más, insólita y admirable, de los lazos genéticos que hubo entre literatura oral y novela picaresca.

Fuentes de consulta